SI PEREZCO QUE PEREZCA

Una nueva visión del compromiso en la vida cristiana

W. IAN THOMAS

Libros CLIE
Galvani, 115
TERRASSA (Barcelona)

SI PEREZCO QUE PEREZCA

© para la versión inglesa por Zondervan Publishing House, Grand Rapids, Mich. USA.
Título original en inglés: *If I perish I perish.*

© 1974 por CLIE. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida sin el permiso escrito de los editores, con la excepción de breves citas.

Versión española: Dr. Samuel Vila

ISBN 84 - 7228 - 136 - 1
Depósito Legal: B. 11.869 - 81

Impreso en los Talleres Gráficos de la M.C.E. Horeb, A.C. n.º 265. Galvani, 113. TERRASSA

Printed in Spain

INDICE

Caps.		Págs.
	PRÓLOGO	7
I.	¿Qué cosas pueden considerarse alegóricas?	9
II.	Amán Agageo, asesino por naturaleza	17
III.	La ciudad perpleja, el Espíritu Santo resistido	25
IV.	El espíritu de adopción en saco y ceniza.	33
V.	Latigazos y caramelos	43
VI.	Si perezco que perezca	51
VII.	La horca en el jardín	59
VIII.	Ruina y duplicidad; Amán empieza a caer	69
IX.	El momento de la verdad	77
X.	Alegraos y regocijaos	87
XI.	El privilegio de ser tú mismo	99
XII.	«Aunque se vista de seda...»	109

PROLOGO

La respuesta a los escritos del coronel W. Ian Thomas ha sido generalmente calurosa y espontánea. En ambos lados del Atlántico y en todos los Estados Unidos, prácticamente por todo el mundo, los lectores han aceptado su exposición única y peculiar de la Biblia y su inteligente presentación de las verdades bíblicas. Por todas partes donde sus libros han llegado en este ministerio mundial le han ganado devotos seguidores.

Su última obra, SI PEREZCO QUE PEREZCA, es tan distinta y a la vez actual como sus anteriores escritos. No es el acostumbrado y a veces prosaico tratamiento del Antiguo Testamento. Por el contrario, esta expresión alegórica de la verdadera vida cristiana es inolvidable por su impacto, y emocionante en su peculiar desarrollo del tema y su propósito. El libro de Ester adquiere un nuevo significado bajo la autorizada pluma del coronel Thomas.

LOS EDITORES

DEDICADO A TIMOTEO ANDRÉS, MI HIJO MENOR Y ÚLTIMO MIEMBRO DE LA FAMILIA, CON LA FERVIENTE ORACIÓN DE QUE CUANDO CREZCA PUEDA AMAR A JESUCRISTO CON TODO SU CORAZÓN Y SER UTILIZADO POR DIOS.

I

¿Qué cosas pueden considerarse alegóricas?

Estoy cansado de la religión y para ser enteramente sincero no conozco nada tan pesado como el Cristianismo sin Cristo.

¿Habéis tratado alguna vez de poner en marcha un automóvil falto de gasolina hasta que no ha quedado una chispa de fuerza en la batería? Ciertamente, nada hay más desalentador que un coche que no se pone en marcha. Todo está en su lugar, perfectamente engrasado y a punto de marcha, pero haced lo que queráis que no hay movimiento, ni la más leve señal de poder en el motor.

Mucha gente ha cesado de asistir a un lugar de culto porque están cansados de la rutina de una religión muerta; cansados de tratar de poner en marcha un coche sin gasolina.

¡Qué lástima que no hay más personas dispuestas a decir a las gentes que Jesucristo está vivo! Dije que nada hay más pesado que un Cristianismo sin Cristo, pero no conozco nada más emocionante que

ser cristiano y compartir la vida de Jesucristo sobre la tierra aquí y ahora, y ser arrebatados por El en los incesantes propósitos de un Dios todopoderoso, con los recursos ilimitados de su deidad dispuestos para la tarea.

¿Podéis imaginaros nada más entusiasmador que esto?

¿Sabéis lo que es vivir la vida con un propósito?

¿Hay en vosotros un sentimiento urgente de misión; algo que os impulsa a entregaros a un ideal que convierte la vida en una aventura para cumplir lo que Dios quiere que sea la vida humana, o estáis simplemente trabados en la lucha natural por la existencia?

Peor aún si, en vez de haber sido arrebatados en los invencibles propósitos de un Dios todopoderoso, habéis sido escogidos en la carrera de una existencia competitiva sobre la tierra, amenazados por el temor de ser alcanzados y vencidos, y tratáis desesperadamente de poneros a la cabeza de los sucesos, que van más a prisa que vuestra capacidad para hacerles frente.

Si es así, creo que os interesará leer este extracto de una carta que recibí hace años de un estudiante de un Colegio Bíblico.

> «Le escribo para agradecerle las seis charlas devocionales, cuyo efecto en mi vida sería difícil ponderar. He sido cristiano por cuatro años, pero vine a mi casa sintiéndome una persona que acaba de descubrir que ha pasado los últimos cuatro años sentado inconscientemente sobre un millón de libras esterlinas, pues las riquezas que he descubierto no pueden compararse a semejante tesoro material.»

Así empieza la carta, y quisiera comunicaros algo más de lo que sigue diciendo:

> «Creo que Dios me preparó para estas charlas, por el deber que me fue asignado en el último curso de preparar una conferencia sobre el tema "Yo soy la Verdad" (Juan 14:6). Uno de los dos principales puntos sobre los cuales yo estaba reuniendo pensamientos y material eran: "Jesús es la verdad". La característica fundamental de la verdad es su consistencia: tiene que adaptarse a todos los hechos conocidos y desconocidos y a todas las situaciones; la verdad es absoluta.
>
> »Me imaginé un gran rompecabezas. Si yo tenía algo que no fuese la verdad, por lo menos una de las piezas no se adaptaría a las otras. La idea fundamental detrás de "Jesús es la verdad" era que Jesús es la clave para entender todas las cosas, y casi lo primero que usted dijo fue que el Señor Jesús es la exégesis final de todas las cosas. Así Dios preparó mi mente.
>
> »Cuando escuché su explicación, que copié en notas, y leí sus citas en la Biblia y medité sobre ellas, las piezas del acertijo se adaptaron cada una a la otra de un modo admirable.
>
> »Es como si hubiese estado yo reuniendo piezas de un "mecano" durante los últimos cuatro años, pero echándolas en una bolsa, sin ningún pensamiento de adaptarlas una a la otra. Ahora, cada vez que tropiezo con una de estas piezas veo con admiración cómo se adaptan al entero bosquejo de la vida espiritual, y los versículos de la Biblia que parecían de poco significado se adaptan a la experiencia diaria.
>
> »Hallo difícil describir esta maravillosa sensación de sentirse en perfecta armonía con el

Señor Jesús. La sabiduría espiritual ha venido a formar parte de la suma total de experiencia, más bien que a ser algo separado y fragmentario.

»Mi vida, desde mi conversión, había sido más bien un continuo esforzarme a trabajar por Cristo, en vez de permitir que El trabaje por mí. ¡Qué diferencia hay ahora cuando *El*, y no la obra, tiene la preeminencia!

»Ahora comprendo realmente que no tan sólo yo estoy en Cristo, sino que Cristo está en mí. También comprendo que no hay ningún objetivo mejor. Humanamente hablando, aquellas seis conferencias me han ayudado más que todas las lecciones, charlas, sermones y ejemplos que yo he visto y tenido desde mi conversión.

»El Señor Jesús dijo: "Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia"; y ahora sé lo que esto significa, porque lo tengo.»

El escritor de esta carta es ahora un piloto de la Fraternidad de Aviación Misionera en Etiopía. Y recientemente me llevó a volar con él sobre las montañas de Addis-Abeba. Yo quedé admirado al descubrir que los años que habían pasado desde que escribió esta carta habían servido solamente para establecerle más firmemente en su experiencia en cuanto a los principios del verdadero discipulado que él había abrazado tan rápidamente.

Permutando su pobreza por la riqueza de Cristo y su debilidad por la fortaleza de Cristo, este joven ha cambiado la bancarrota del caído Adán por toda la plenitud de la vida de Cristo, y ha descubierto la gran aventura de permitir a Jesucristo ser Dios en su propia experiencia, puesto que Dios es.

Me pregunto si tú has aprendido a hacer lo mismo. Separar tu cristianismo de Cristo es reducirlo a la impotencia de una religión muerta, impersonal —para El y para ti—, a un ejercicio intelectual o a una fórmula sentimental. Y el Cristianismo no es ni lo uno ni lo otro.

El Cristianismo es Cristo. Implica un principio de vida que injerta energía divina, y es un fenómeno que no puede ser explicado aparte de Dios mismo. Es esencialmente milagroso, aunque no ha de ser necesariamente sensacional; y es siempre sobrenatural, porque va más allá de los alcances del hombre mortal. Implica la presencia en nuestro ser del resucitado Hijo de Dios.

Es con objeto de considerar los diversos aspectos de este maravilloso descubrimiento que nos embarcamos juntos en esta serie de estudios del libro de Ester.

Puede que os sorprenda que haya elegido el libro de Ester para este propósito particular, pero no conozco ningún otro libro del Antiguo Testamento que ilustre de un modo más lúcido los principios que rigen la vida cristiana. Ni hay otro libro que muestre más claramente lo que implica en realidad el nuevo nacimiento, y en qué condiciones ha de realizarse el ser llenos del Espíritu Santo y venir a ser instrumentos eficaces para Dios.

En las páginas del libro de Ester ha de encontrarse una gran riqueza de comprensión respecto a las implicaciones del verdadero discipulado y a la guerra sin cuartel que se realiza dentro del alma entre el bien y el mal, entre Dios y el diablo. Es fascinador encontrar en el desarrollo de esta historia, y tan detalladamente explicadas, tantas cosas que a menudo frustran al sincero pero agobiado creyente.

Si el lector está genuinamente interesado en encontrar la llave de la vida victoriosa y las dimensiones de la experiencia espiritual que puede hacerle

«más que vencedor», que lea este libro, juntándose conmigo en su exploración.

Antes de entrar a examinar la historia me gustaría decir algo respecto a la exégesis bíblica, o exposición, que confío pueda ser de ayuda a todos, y especialmente a aquellos que tienen la responsabilidad de estudiar la Palabra de Dios para presentar su mensaje a otras personas.

Es importante tener en mente que toda la Biblia, en ambos Testamentos, es una revelación total autorizada por el Espíritu Santo, y que ninguna parte puede ser separada del resto ni es incompatible a la Verdad consistentemente revelada a través de todas las Escrituras.

En el capítulo cuatro de la Epístola a los Gálatas, refiriéndose al nacimiento de Isaac e Ismael, Pablo escribe en el versículo 24: «Las cuales cosas son una alegoría.» El apóstol reconoce claramente que tras los sucesos históricos hay un simbolismo especial que el Espíritu Santo ha escogido para ilustrar, mediante el Antiguo Testamento, verdades reveladas en el Nuevo. Una comprensión correcta de este oculto simbolismo nos ofrece la llave para una espiritualización correcta, que a su vez provee base para una acertada ilustración bíblica.

La espiritualización correcta se basa en principios expositorios a los cuales deben responder todas las ilustraciones bíblicas para ser ciertas y seguras, y estos principios constantes nunca deben ser violados.

Permitidme explicar lo que quiero significar al decir principios expositorios. El Espíritu Santo, como autor de la Biblia, ha escogido gente, naciones, países, animales y objetos inanimados como símbolos mediante los cuales expresar diversos significados espirituales. Una vez aprendido el lenguaje del Espíritu Santo y reconocido algunos de estos símbolos,

encontraréis la misma enseñanza en otros casos presentados mediante este símbolo particular que él utiliza.

Es el significado espiritual de tales símbolos lo que yo describo como principios espirituales constantes, a causa de la consistencia inquebrantable con que el Espíritu Santo usa esos mismos símbolos a través de toda la Biblia. Uno de los que más fácilmente viene a nuestra memoria es el aceite, que tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento representa la presencia, oficio y obra del mismo Espíritu Santo. Algo semejante ocurre con el viento y el fuego.

Otro símbolo fácilmente reconocible es la palabra «serpiente», usada por el Espíritu Santo para representar a Satanás, o el pecado que tiene su origen en Satanás. El diablo es representado como serpiente en el relato de la caída del hombre, Génesis 3:1. Y es representado de la misma forma en los capítulos 12 y 20 del Apocalipsis... «Aquella serpiente antigua que es el diablo.» Pablo usa el mismo símbolo en 2.ª Corintios 11:3: «Pero temo que como la serpiente engañó a Eva con astucia, así vuestras mentes sean corrompidas de la simplicidad que es en Cristo.»

El Señor Jesucristo se dirigió a los fariseos llamándoles generación de víboras; y les dijo claramente: «Vosotros de vuestro padre el diablo sois, y los deseos de vuestro padre queréis cumplir» (Juan 8:44).

Una alegoría es la descripción de una cosa bajo el ejemplo de otra a la cual se parece, y esto es lo que Jesús hizo con sus parábolas. Mediante ellas hizo clara y patente la Verdad que deseaba comunicar, destacándola e impresionándola en las mentes de sus oyentes. Otro ejemplo de alegorías más recientes son el «Peregrino» y «La Guerra Santa», de

Juan Bunyan, universalmente conocidas, y las «Cartas a un diablo novato», de C. S. Lewis.

Quisiera declarar desde el principio de nuestro viaje por el libro de Ester que, aunque yo no dudo ni un ápice de la historicidad y divina autoridad del referido libro, usaré esta historia como una alegoría para aclarar e ilustrar verdades espirituales firmemente establecidas y expresadas en diversas partes de la Biblia que son enteramente compatibles con la revelación completa que nos ha sido dada por el Espíritu Santo en la totalidad de las Sagradas Escrituras.

Siendo así, apenas necesito decir que no pretendo ningún monopolio de interpretación del libro de Ester, sino que simplemente ofrezco estos pensamientos, juntamente con muchos otros que ya han sido debidamente expresados, con la fervorosa oración de que Dios tenga a bien usarlos en los corazones de mis lectores; y que lo mismo que a mí, puedan servir para enriqueceros y animaros en vuestro conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo. Y, en consecuencia, pueda serle permitido entrar más plenamente en los dominios de vuestra vida.

II

Amán Agageo, asesino por naturaleza

Puede pareceros extraño que empiece con el capítulo 3 del libro de Ester, pero es porque en sus dos primeros versículos se nos presentan tres caracteres que juegan un papel significativo en el desarrollo de la historia.

> «Después de estas cosas el rey Asuero engrandeció a Amán hijo de Amedata Agageo, y lo honró, y puso su silla sobre todos los príncipes que estaban con él.
>
> »Y todos los siervos del rey que estaban a la puerta del rey se arrodillaban y se inclinaban ante Amán, porque así lo había mandado el rey; pero Mardoqueo ni se arrodillaba ni se humillaba.»

Se nos dice en el capítulo 1, vers. 1, que el rey Asuero reinó, desde la India hasta Etiopía, sobre 127 provincias; por tanto, puede bien ser identificado

con el monarca oriental Jerjes, mejor conocido, que reinó desde el año 486 hasta el 465 a.C. El *Diccionario Pictórico* de Zondervan nos presenta cuatro semejanzas que justifican esta identificación y nos hace notar que con toda probabilidad era dicho monarca el rey Asuero que se cita en Esdras 4:6.

Como rey en su palacio, Asuero representa el alma del hombre, pues es dentro del palacio de nuestro ser que se hacen las decisiones, se declara la política a seguir y se publican los decretos.

El reino de 127 provincias representa el cuerpo humano. Las leyes promulgadas en el palacio repercutían y eran comunicadas a todo el mundo externo. Desde la mayor ciudad al más pequeño pueblecito, la conducta de la gente era afectada y gobernada por los mandatos del rey.

Es dentro del alma que se determina la conducta humana y se hacen las decisiones, se conciben los planes y el ejercicio de la voluntad pone el cuerpo en acción. De este modo los pensamientos e intentos del corazón son comunicados al mundo exterior y afectan a la Humanidad.

He tratado más plenamente de la función del alma como asiento de la conducta humana en mi libro *El misterio de la piedad,* en el capítulo titulado «La naturaleza del hombre»; pero es necesario recordar aquí que la voluntad actúa bajo la influencia de la mente y las emociones. Cualquier influencia que controle la mente y las emociones controlará, en último término, la voluntad, y este hecho nos lleva a considerar el papel de Amán el Agageo en la historia referida en el libro de Ester.

Amán el Agageo representa lo que en el Nuevo Testamento se llama la carne; no, por supuesto, la carne del cuerpo, sino las intenciones del espíritu pervertido que perpetúa en el hombre la orgullosa hostilidad y enemistad de Satanás contra Dios.

Observaréis que desde el principio de la historia Amán Agageo está profundamente introducido en el palacio, firmemente establecido en los afectos del rey, cuya confianza goza plenamente, pues éste «le honró y puso su silla sobre todos los príncipes que estaban con él». Ante él tenían que inclinarse todas las cabezas en acto de reverencia.

Amán tenía dentro del palacio constante acceso al rey sin impedimento alguno, y de un modo sutil influenciaba todo el pensamiento del rey y promovía sus emociones. Con su maliciosa influencia moldeaba el carácter y dirigía las decisiones del rey, de modo que por todos los extremos del reino el carácter de este hombre impío hacía su impacto sobre la nación.

Por otra parte, sentado a la puerta del rey, en la parte exterior del palacio, sin tener acceso al monarca y sin poder ejercer ninguna influencia sobre él, estaba alguien que rehusaba inclinarse en la presencia de Amán, su nombre era Mardoqueo.

Mardoqueo representará la presencia del Espíritu Santo, de cuya presencia el alma irregenerada se halla privada; pero tú y yo, lector, si eres un verdadero cristiano, fuimos nacidos de nuevo de esta condición irregenerada. El Espíritu Santo es el enemigo inveterado de la carne, «pues la carne codicia contra el Espíritu, y el Espíritu contra la carne, y son enemigas la una de la otra» (Gálatas 5:17).

Sin duda, empiezas a imaginarte la figura. Asuero representa al hombre en su condición caída, dominada su alma por la carne y privada del Espíritu Santo, como el rey era dominado por Amán y privado del consejo de Mardoqueo. La humanidad del hombre ha sido prostituida por Satanás y privada de las influencias misericordiosas y benéficas del Espíritu de Cristo, por cuya influencia era el propósito original de Dios que el hombre viniera a ser, por creación, un participante de la naturaleza divina.

La historia de la Humanidad principia con el hombre malo dentro, y el hombre bueno afuera; el problema aparece bien claro: ¿Cómo quitar al hombre malo y hacer entrar al hombre bueno? Esto es el objeto del Evangelio.

Evidentemente, sacar al hombre malo fuera y hacer entrar al hombre bueno, y cambiar la mala influencia de Amán por la benéfica influencia de Mardoqueo, es cambiar enteramente la situación dentro del palacio y en el Gobierno. Es innecesario decir que tal cambio de Gobierno dentro del palacio ha de tener amplias consecuencias por todo el reino. Nadie será dejado en duda de lo que realmente ha sucedido.

En el sentido espiritual esto sucederá de un modo completo si al convertirte deseas *ser* un cristiano como tienes que *ser*.

Otra vez Amalec

Quizás el lector se extrañará por qué ataco yo de tal modo a Amán y preguntará: ¿Por qué? ¿Qué ha hecho Amán para merecer esta oposición, y por qué lo describe en términos tan odiosos?

Quizá sientes un poco de simpatía por Amán y piensas que es presunción mía el pintarlo de un modo tan oscuro desde el principio. Permíteme disuadirte, querido amigo, si tu caridad te inclina a defender su causa.

Amán era un hombre odioso porque estaba lleno de odio, y escondido en su corazón, bajo el disfraz de su política, hay un asesino por naturaleza. «Sus caminos son caminos de muerte.» En la persona de Amán somos advertidos por el Espíritu Santo sobre el tema principal de este libro; pues si examinamos sus antecedentes descubriremos en Amán uno de aquellos principios expositorios simbólicos a que he hecho referencia en el capítulo precedente.

Amán era un enemigo de los judíos. Veámoslo en los textos siguientes:

> «Entonces el rey quitó el anillo de su mano y lo dio a Amán hijo de Hamedata Agageo, enemigo de los judíos» (Ester 3:10).
>
> «El mismo día, el rey Asuero dio a la reina Ester la casa de Amán enemigo de los judíos» (8:1).
>
> «Mataron a los diez hijos de Amán hijo de Hamedata, enemigo de los judíos, pero no tocaron sus bienes» (9:10).
>
> «Porque Amán hijo de Hamedata Agageo, enemigo de todos los judíos, había ideado contra los judíos un plan para destruirlos...» (9:24).

¿Por qué aborrecía Amán a los judíos? ¿Es que no le gustaban sus rostros, o había un significado más profundo en su criminal hostilidad que le hizo concebir el sanguinario plan de «destruir, matar y exterminar a todos los judíos, tanto jóvenes como ancianos, niños y mujeres, en un día; el día 13 del mes duodécimo, que es el mes de Adar, y de apoderarse de sus bienes»? (3:13).

En mi libro *La vida salvadora de Cristo* he dedicado dos capítulos al estudio de Amalec, el nieto de Esaú y padre de los Amalecitas, con quienes Dios había declarado su hostilidad de generación en generación. Si no habéis tenido ocasión de leer *La vida salvadora de Cristo* perdonad el que os sugiera hacerlo, pues su contenido, especialmente con respecto a Amalec, se refiere particularmente al significado espiritual del libro de Ester.

Por el momento permitidme esta cita con referencia al asunto de que estamos tratando.

«En Esaú se encarnó el espíritu de Satán. Se dijo: "¿Por qué necesito una primogenitura que me restaure a la dependencia de Dios? Yo soy independiente y autosuficiente, y seré lo que soy en virtud de lo que soy."

»¿Por qué aborrecía Dios a Esaú? Porque Dios no puede hacer absolutamente nada con una persona que no reconoce que le necesita. Esaú rechazó los medios de gracia de Dios (propios de su época), rechazó la idea de que el hombre tenga necesidad de la intervención divina, despreció su primogenitura y Dios no se lo perdonó. ¡Esta es la actitud básica del pecado! Trata de hacer a Dios innecesario en el asunto de la vida humana y da al hombre el adulador sentimiento de su propia importancia.

»Dios no puede hacer nada con el hombre entregado al espíritu de Esaú. Amalec era el nieto de Esaú, y Malaquías describe a los descendientes de Esaú como un pueblo "contra el cual el Señor está indignado para siempre" (Malaquías 1:4). En Exodo 17 leemos: "Dios tendría guerra con Amalec de generación en generación." En Amalec estaba perpetuada la profanidad de Esaú, el hombre que rechazó la primogenitura.

No hay nada bueno en Amalec. No había nada salvable en el contenido de Amalec. Nada que Dios pudiera mirar con favor. Tal era la mente, la voluntad y el juicio de Dios con respecto a Amalec.

»Aunque Saúl destruyó a los amalecitas, tomó vivo al rey de los amalecitas —un rey de Edom que Dios había condenado a muerte...—.

Saúl pretendió haber hallado algo bueno en lo que Dios había condenado. Este fue el pecado de Saúl, retuvo como digno lo que Dios odiaba» (1).

Agag el edomita era un descendiente de Esaú, el despreciador de la primogenitura; Agag era el rey de los amalecitas y Amán era un amalecita, puesto que era Agageo (Ester 3:1). Los amalecitas eran los enemigos inveterados de Israel. Amalec resurgía en la persona de Amán, descendiente de Agag, rey de los amalecitas.

Como Satán odió a Dios, Caín odiaba a Abel, Ismael odió a Isaac y Esaú odiaba a Jacob, Amán odiaba a los judíos.

En relación con esto es interesante notar que Herodes el Grande, que intentó matar al Señor Jesús y ordenó la destrucción de todos los niños de Belén de dos años para abajo, era un edomita. Según el comentario de Juan P. Lange sobre Mateo, Herodes el Grande era el primer soberano de la raza Idumea, quien hacía el año 40 a.C. reinaba sobre Jerusalén con la autoridad de Roma. Herodes era un amalecita, descendiente de Esaú y de la parentela de Amán.

En este comentario sobre el Evangelio de Mateo se dice en la página 50: «En Herodes reaparece la antigua enemistad de Edom contra Jacob. Esto nos hace recordar (Génesis 27:41): "Yo mataré a mi hermano Jacob", lo cual Esaú no tuvo valor de hacer personalmente, pero lo legó a su posteridad» (2).

---

(1) *The Saving life of Christ* (Zondervan, Grand Rapids, 1961), pp. 93, 94, 99 y 103. Es oportuno para los lectores de habla hispana el que el autor nos proporcione esta larga cita, ya que hasta el momento presente dicho libro no se halla traducido al español. — *Nota de los editores.*

(2) *Lange's Commentary on the Holy Scripture* (Zondervan, Grand Rapids), vol. 8, p. 60.

Amán era fiel a su ascendencia y dentro de su malvado corazón estaba arraigada esta inherente enemistad contra la simiente escogida, a la cual Dios había prometido: «... saldrá Estrella de Jacob y se levantará cetro de Israel...; vendrá de Jacob el que se enseñorearará» (Números 24:17-19) (3).

Amán era un instrumento bien dispuesto en las manos del diablo para la prosecución de la guerra contra el propósito redentor y regenerador de Dios, que es restablecer su soberanía divina dentro del alma del hombre.

Era, en verdad, un asesino por naturaleza.

(3) Es curioso, al par que triste, observar cómo este odio racial se ha perpetuado a través de los siglos, en el actual conflicto árabe-israelí. — *Nota de los editores.*

III

La ciudad perpleja, el Espíritu Santo resistido

Si algo había que encolerizaba a Amán es que a la puerta del palacio del rey había alguien que le veía entrar y salir sin inmutarse, y cuya cabeza no se inclinaba ante su presencia.

> «Y los siervos del rey que estaban a la puerta del rey se arrodillaban y se inclinaban ante Amán, porque así lo había mandado el rey; pero Mardoqueo ni se arrodillaba ni se inclinaba.
>
> »Y los siervos del rey que estaban a la puerta preguntaron a Mardoqueo: ¿Por qué traspasas el mandamiento del rey?
>
> »Aconteció que hablándole cada día de esta manera, y no escuchándolos él, lo denunciaron a Amán, para ver si Mardoqueo se mantendría firme en su dicho; porque ya él les había declarado que era judío.
>
> »Y vio Amán que Mardoqueo ni se arrodillaba ni se humillaba delante de él; y se llenó de ira» (Ester 3:3-5).

Amán veía en Mardoqueo a su archienemigo, pues era el representante máximo de su odio contra los judíos.

Hay algo de impresionante en la mirada quieta, inflexible y confiada en el rostro de alguien que sabe que está en lo justo y en paz con Dios. El sumo sacerdote y el Concilio de los judíos descubrieron esto en la mirada de Esteban, cuando «vieron su rostro como el rostro de un ángel»; y le oyeron denunciar sus pecados, sin disimulo ni sombra de temor, con estas palabras que penetraban hasta el fondo de sus corazones: «Vosotros, altivos de rostro e incircuncisos de corazón y de oídos, resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así lo hacéis también vosotros. ¡... y crujían los dientes contra él!» (Hechos 7:51 y 54).

Fue la mirada del Señor Jesucristo lo que conturbó más a Herodes y a Poncio Pilato aquel día cuando ambos se lavaron prácticamente las manos en cuanto a él y se hicieron amigos entre sí. Una mala conciencia es siempre turbada en presencia de la verdad. Ya sea en el caso de Mardoqueo, de Esteban o del Señor Jesucristo mismo, el grito histérico que sale del corazón pecador es: «¡Colgadle, apedreadle, crucificadle! ¡Que desaparezca!»

Sin embargo, podéis asatear a los ojos que miran con paz imperturbable, porque están en la verdad. No será la verdad la que caerá víctima del ataque, sino la maldad y el error. No era la verdad la que yacía sangrante y moribunda en las afueras de Jerusalén, cuando Esteban fue apedreado; y no era la Verdad colgada en la cruz la que perecía, sino que el pecado era condenado y Satanás juzgado.

«Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado, y a causa del pecado, condenó el pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliese en nosotros, que no andamos conforme a la carne sino conforme al espíritu» (Romanos 8:3-4).

El tercer día la verdad quedó vindicada; la verdad del Evangelio, y «Jesucristo fue declarado Hijo de Dios con potencia por su resurrección de entre los muertos» (Romanos 1:4). El Hijo de Dios, que vino a este mundo para quitar el pecado de los hombres, toma en su cuerpo el lugar del pecador y obtiene para éste el don del Espíritu Santo cuando aquél se arrepiente. Era la verdad, la verdad que hace a los hombres libres. Amán era para los judíos una amenaza a su autoridad, una amenaza personificada en la faz imperturbable y desafiante de Mardoqueo.

«Pero tuvo en poco poner mano en Mardoqueo solamente, pues ya le habían declarado cuál era el pueblo de Mardoqueo, y procuró Amán destruir a todos los judíos que había en el reino de Asuero, al pueblo de Mardoqueo.

»Y dijo Amán al rey Asuero: Hay un pueblo esparcido y distribuido entre los pueblos en todas las provincias de tu reino, y sus leyes son diferentes de las de todo el pueblo, y no guardan las leyes del rey, y al rey nada le beneficia el dejarlos vivir.

»Si place al rey, decrete que sean destruidos; y yo pesaré diez mil talentos de plata a los que manejan la hacienda, para que sean traídos a los tesoros del rey» (Ester 3:6, 8, 9).

Amán reconoció que los judíos tenían leyes propias que les habían sido confiadas, las cuales estaban imponiendo sobre el país con su ejemplo y con

su conducta, y ellas significarían un cambio radical de gobierno e introducirían una vida incompatible con la que se derivaba de su mala influencia. Esto es lo que él debía resistir a toda costa.

¿Cuáles eran aquellas leyes confiadas a los judíos que Amán combatía tan tenazmente? Eran los oráculos de Dios. Representaban el contenido espiritual de la nación judía como pueblo; aun cuando los judíos no eran sino una débil expresión de aquellas justas leyes.

> «Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni es circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios.
>
> »¿Qué ventaja tiene, pues, el judío? ¿O qué aprovecha la circuncisión? Mucho, en todas maneras. Primero, ciertamente, que les ha sido confiada la Palabra de Dios» (Romanos 2:28-29 y 3:1-2).
>
> «Ha manifestado sus palabras a Jacob. Sus estatutos y sus juicios a Israel.
>
> »No ha hecho así con ninguna otra de las naciones; y en cuanto a sus juicios no los conocieron» (Salmo 143:19-20).

No olvidéis que en el desarrollo de la historia del libro de Ester, Amán representa para nosotros la carne y Mardoqueo el Espíritu Santo. Así que la carta a los Romanos nos dice: «Los que andan conforme a la carne, de las cosas de la carne se ocupan, pero los que andan conforme al Espíritu, de las cosas del Espíritu.» De modo que podemos interpretar estas palabras de Pablo a los cristianos de Roma del modo siguiente:

> «Pues la mente carnal (mente de Amán) es muerte; pero la mente espiritual (mente de Mardoqueo) es vida y paz.
>
> »Porque la mente carnal (la mente de Amán) es enemistad contra Dios, pues no se sujeta a la ley de Dios ni tampoco puede» (Romanos 8:5-7).

Siendo enemiga de Dios, la carne es enemiga de la ley de Dios, y cualquier cosa que Dios haga para restablecer su ley en los corazones de los hombres será resistido a más no poder. Habiéndose apoderado del alma humana, como Amán se había apoderado del corazón del rey, la carne está en una magnífica posición para incitar las emociones y la voluntad del hombre irregenerado a desafiar la ley de Dios, resistir su gracia y mantener la verdad y la justicia fuera del palacio de la voluntad.

Es con este fin que Amán se presentó al rey Asuero (que representa el alma humana) y le persuadió con sutileza de que la introducción de la ley divina en los negocios del reino sólo sería en perjuicio de los mejores intereses del rey; y que, por tanto, la voz de este pueblo de judíos que representaba la ley debía ser silenciada a toda costa. Esta es la mentira que Satanás continúa propagando constantemente hoy día, con mucho éxito, en los corazones de un gran número de hombres y mujeres, jóvenes y viejos, a quienes ha persuadido de que volverse al Dios que les hizo, y someterse a su soberanía, es verse despojados de aquella libertad que hace la vida digna de ser vivida.

Tales personas no son necesariamente insinceras, pero sí son víctimas de su ignorancia que les hace objeto de las mentiras del diablo, cuyo principal placer es explotar sus pocos conocimientos.

«Teniendo su entendimiento moral oscurecido, están ajenos a la vida de Dios (no participan de ella), a causa de la ignorancia —falta de conocimiento y percepción— que les llega voluntariamente, que está dominándoles, y endurecen sus corazones (les hace insensibles a la naturaleza moral instintiva)» (Efesios 4:18 —Biblia amplificada—).

«Pues el Dios de este siglo oscureció los entendimientos de los incrédulos (para que no pudieran discernir la verdad), impidiéndoles ver la luz del Evangelio del Mesías, el cual es la imagen y semejanza de Dios» (2.ª Corintios 4:4 —Biblia amplificada—).

Es por esta razón que muchos hacen algo semejante a lo que hizo el rey Asuero, de buena fe, cuando «... tomó el anillo de su mano y lo dio a Amán el hijo de Amedata Agageo, enemigo de los judíos» (Ester 3:10). Para entender bien el significado de este acto debemos buscar una explicación en el libro del Génesis. Allí se expresa más claramente todo lo que significaba para un rey oriental el tomar el anillo de su mano y ponerlo en manos de un servidor suyo, pues dice:

«Tú gobernarás toda mi casa, y por tu palabra se gobernará todo mi pueblo; solamente en el trono seré yo mayor que tú.

»Dijo además Faraón a José: He aquí yo te he puesto sobre toda la tierra de Egipto. Entonces Faraón quitó su anillo de su mano, y lo puso en la mano de José, y lo hizo vestir de ropas de lino finísimo, y puso un collar de oro en su cuello; y lo hizo subir en su segundo carro, y pregonaron delante de él: ¡Doblad toda rodilla!; y lo puso sobre toda la tierra de Egipto.

»Y dijo Faraón a José: Yo soy Faraón, y sin ti nadie alzará su mano ni su pie en toda la tierra de Egipto» (Génesis 41:40-44).

En otras palabras, significaba que aun cuando Faraón retenía su gobierno de nombre, todos los poderes ejecutivos pertenecían a José, y el símbolo de esta transferencia de autoridad era expresado mediante el acto de poner el anillo real en su mano.

Del mismo modo el rey Asuero expresó su absoluta confianza en Amán invistiéndole con todos los poderes ejecutivos de su gobierno durante todo el tiempo de su reinado. Por lo tanto, ningún morador de la tierra podía levantar su mano excepto con el beneplácito de Amán y bajo su total jurisdicción.

El rey Asuero se entregó a sí mismo a Amán de un modo completo, del mismo modo que el alma no regenerada se entrega enteramente a los deseos de la carne, o sea los propósitos de una mente corrompida, que se rebela y niega a Dios su derecho a gobernar.

«Entonces fueron llamados los escribanos del rey, en el mes primero el día trece del mes, y fue escrito conforme a todo lo que mandó Amán, a los sátrapas del rey, y los capitanes que estaban sobre cada provincia, y a los príncipes de cada pueblo, y a cada provincia según su escritura, y a cada pueblo según su lengua; en nombre del rey Asuero fue escrito, y sellado con el anillo del rey.

»Y fueron enviadas cartas por medio de correos a todas las provincias del rey, con la orden de destruir, matar y exterminar a todos los judíos, jóvenes y ancianos, niños y mujeres, en un mismo día, en el día 13 del mes duodécimo, que es el mes de Adar, y apoderarse de sus bienes» (Ester 3:12-13).

Así el decreto criminal fue publicado «según todo lo que Amán había ordenado —aun cuando se publicaba en nombre del rey Asuero—, sellado con el anillo del rey». ¡Qué descripción tan exacta del alma humana dominada por la carne, que se hace cómplice, por su falta de voluntad, a todos los deseos carnales que silencian la voz de Dios, y a los clamores de su Santo Espíritu en el corazón!

Es extraño ver con qué entusiasmo el hombre no regenerado permite que sus sentimientos naturales sean envilecidos por el diablo, y aun cuando trata de justificarse a sí mismo y persuadirse de que sus actos no son injustos, hay un ansia y desasosiego dentro del pecador que no le deja del todo tranquilo, como dice el texto de nuestro ejemplo:

> «Y salieron los correos prontamente por mandato del rey, y el edicto fue dado en Susan, capital del reino. Y el rey y Amán se sentaron a beber; pero la ciudad de Susan estaba conmovida» (Ester 3:15).

Veis que había extraños murmullos en la ciudad de Susan porque pequeños grupos de personas se juntaban en las calles para murmurar acerca del decreto. Aun cuando el rey Amán se sentó a beber con su impío aliado, para fingir una tranquilidad que realmente no existía en lo más profundo de su corazón, el pueblo sentía que no todo iba bien en el reino. La ciudad de Susan estaba perpleja.

¿Hay tales momentos de indefinible contraste en tu vida —inaudibles murmullos de un alma inquieta—, momentos de perplejidad cuando sientes que no todo va bien contigo mismo?

IV

El espíritu de adopción en saco y ceniza

Al acercarse el día señalado para la matanza, una sombra de muerte se extendía pesadamente sobre todos los judíos de la tierra. Tan sólo un cambio radical dentro de palacio podía ofrecer alguna esperanza de escape de la terrible tragedia; sin embargo, nada parecía menos probable que tal cambio de gobierno.

Aun cuando Mardoqueo tenía la llave de la liberación en su mano, el mayor problema quedaba sin resolver —como quitar al hombre malo y hacer entrar al hombre bueno pero falto de voluntad—. De todas las lecciones que nos enseña el libro de Ester quizás es ésta la más importante, que para introducir el hombre bueno es indispensable quitar al malo.

Veamos en el caso de Asuero y Amán quién era el que tenía que transformar el panorama y cómo lo hizo.

> «Había en Susa residencia real un varón judío, cuyo nombre era Mardoqueo, hijo de Jair,

hijo de Simei, hijo de Cis, del linaje de Benjamín, el cual había sido transportado de Jerusalén con los cautivos que fueron llevados con Jeconías, rey de Judá, a quien hizo transportar Nabucodonosor, rey de Babilonia» (Ester 2:5-6).

Este Mardoqueo no tiene que ser confundido con la persona del mismo nombre que encontramos en el libro de Esdras, cap. 2, vers. 2, que es mencionado como uno de los que volvieron de la cautividad de Babilonia. Aun cuando son personas diferentes, es interesante notar que ambos representan la obra misericordiosa del Espíritu Santo.

Se dice en el primer capítulo de Esdras que el Señor movió el espíritu de Ciro, rey de Persia, para que publicara el siguiente decreto:

«Así ha dicho Ciro rey de Persia: Jehová el Dios de los cielos me ha dado todos los reinos de la tierra, y me ha mandado que le edifique casa en Jerusalén, que está en Judá.

»Quien haya entre vosotros de su pueblo, sea Dios con él, y suba a Jerusalén que está en Judá, y edifique la casa a Jehová Dios de Israel (él es el Dios), la cual está en Jerusalén.

»Entonces se levantaron los jefes de las casas paternas de Judá y de Benjamín, y los sacerdotes y levitas, todos aquellos cuyo espíritu despertó Jehová Dios para subir a edificar la casa de Jehová, la cual está en Jerusalén» (Esdras 1:2, 3, 5).

Entre los que volvieron de la cautividad de Babilonia a Jerusalén estaba este otro Mardoqueo, y fue su tarea reedificar el templo y limpiarlo para que pudiera ser llenado de nuevo con la gloria de Dios. Esta es, por supuesto, la obra especial del Espíritu

Santo en tu vida y la mía: que nuestros cuerpos, como templos del Dios viviente, puedan ser llenados de nuevo con su gloria y limpiados para ser instrumentos de justicia.

La misma escena nos es presentada en el libro de Ester, donde Mardoqueo, como representante del Espíritu Santo, obtiene acceso a la vida del rey Asuero, que representa el alma humana, para que su benévola influencia pueda ser restablecida, y la maliciosa influencia de la carne, representada por Amán, pueda ser quitada, para que un maravilloso cambio tenga lugar dentro del palacio y se extienda por toda la tierra. Es lo que leemos en Corintios:

«Por tanto, si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.

»Y todas estas cosas son de Dios...» (2.ª Corintios 5:17-18).

El Espíritu Santo recibido

Seguramente os habéis preguntado qué lugar ocupa Ester en esta historia y qué papel representa desde el punto de vista simbólico.

Antes de que Mardoqueo tuviera acceso a la vida del rey, éste había entrado en relación con Ester; del mismo modo que el Espíritu Santo debe ser restablecido primero en el espíritu humano para que pueda empezar a tomar control del alma.

La reina Ester representa el espíritu humano, del mismo modo que el rey Asuero representa el alma humana (1); Mardoqueo entró en relación con Ester sobre la base de adopción. ¡Qué hermosa figura pre-

(1) Obsérvese esta trinidad humana en 1.ª Tesalonicenses 5:23.

senta esto del Espíritu Santo! Como vino a ser responsabilidad de Mardoqueo educar y cuidar de Ester, disciplinando su vida, guiando sus pasos y despertando en ella un solemne sentido de responsabilidad y divino destino, del mismo modo es oficio del Espíritu Santo en tu vida cumplir estas cosas, guiándote a toda verdad.

«Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios.

»Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!» (Romanos 8: 14-15).

«Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que están bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos. Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!» (Gálatas 4:4-6).

¡El Espíritu Santo es el espíritu de adopción!

Es la venida del Espíritu Santo al espíritu humano lo que constituye el nuevo nacimiento espiritual, por el cual somos nacidos e incorporados a la familia de Dios y venimos a ser sus hijos; y es la presencia del Espíritu Santo dentro del espíritu humano lo que constituye el sello que Dios pone sobre esta nueva relación. En la relación que existía entre Mardoqueo y Ester tenemos un hermoso ejemplo de la relación que existe entre el Espíritu Santo y aquellos que por fe le han recibido. Al mismo tiempo, es necesario recordar que la fe por la cual recibimos el

Espíritu Santo es la misma fe por la cual solicitamos y tenemos redención por la sangre de Cristo. No puede obtenerse una de las dos cosas sin la otra.

«Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito es todo aquel que es colgado en un madero), para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu» (Gálatas 3:13-14).

Es cuando por fe hayas tenido la redención y el perdón de tus pecados por la sangre de Cristo derramada por ti que Dios puede enviar su Espíritu Santo a tu humano espíritu, y entonces es cuando empieza la experiencia que Juan describe al decir:

«El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo. Es el testimonio de Dios, el cual es mayor que el testimonio de los hombres.»

«El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios» (Romanos 8:16).

«Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiésemos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación del Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador» (Tito 3:5-6).

«En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia» (Efesios 1:7).

«En el también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salva-

ción, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa» (Efesios 1:13).

¿Has solicitado el perdón de Dios por la muerte de Cristo a tu favor? ¿Sabes que has recibido el Espíritu Santo, por medio del cual el Señor Jesús ha venido a vivir dentro de ti, y el cual da testimonio a tu espíritu de que eres hijo de Dios? Si no lo has hecho, hazlo ahora, mientras estás leyendo estas páginas, y soluciona este asunto de una vez para siempre. Nunca te arrepentirás de haberlo hecho.

El Espíritu Santo contristado

En el capítulo tres vimos al Espíritu Santo resistido; en el capítulo dos, el Espíritu Santo recibido; pero en los primeros versículos del capítulo cuatro vemos otra figura: el Espíritu Santo contristado. El Espíritu de adopción lo vemos aquí como Espíritu de saco y ceniza, pues leemos:

«Cuando Mardoqueo supo todo lo que había sido hecho, rompió sus vestidos y se puso vestidos de saco y ceniza, y fue en medio de la ciudad y clamó con un grande y amargo grito» (Ester 4:1).

La misma reina Ester estaba grandemente entristecida y contristada al saber del dolor de Mardoqueo, y trató de hacer lo mejor que pudo para consolarle, pero él no quiso.

«Y vinieron las doncellas de Ester, y sus eunucos, y se lo dijeron. Entonces la reina tuvo gran dolor; y envió vestidos para hacer vestir a Mardoqueo y hacerle quitar el cilicio; mas él no los aceptó» (Ester 4:4).

El cuadro nos presenta de un modo tan claro como el cristal que, aun cuando Mardoqueo había venido a la vida de Ester, no había tenido acceso al interior del palacio ni a los consejos del rey. Amán era quien tenía tal privilegio y dominaba la situación. Esto es un ejemplo del cristiano carnal. Si tú has recibido al Señor Jesucristo como redentor, el Espíritu Santo ha venido a tu vida y mora en tu humano espíritu, y has sido nacido de nuevo, tienes sobre ti el sello de ser hijo de Dios; pero si la antigua naturaleza adánica domina todavía tu carne y monopoliza tu personalidad, dando colorido a tus pensamientos, alentando tus ambiciones, gobernando tus afectos y persuadiendo sutilmente a tu voluntad, entonces eres un cristiano carnal; eres lo que Pablo describe como «un niño en Cristo», y el Espíritu Santo ha de estar contristado dentro de ti.

«De manera que yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo.

»Os di a beber leche, y no vianda, porque aún no erais capaces, ni sois capaces todavía. Porque aún sois carnales, pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales y andáis como hombres?» (1.ª Corintios 3:1-3).

Si el Espíritu Santo está contristado dentro de ti no lograrás conformarle con un cambio de vestidos, sino con un cambio de gobierno; jamás se dará por satisfecho hasta que lleve el anillo real en su dedo y Amán esté en la horca. Ester no entendía el caso porque no conocía bastante bien el carácter de Amán. Sin duda que cuando aquel inicuo se encontraba con la reina era amable y adulador como un ángel; y del mismo modo nuestra carne está bien entrenada en

el arte de fingir, ocultando su brutal sadismo, degradante y cruel.

No eran sus propias circunstancias lo que más afligían a Mardoqueo, sino la situación en el palacio, pues mientras el gobierno permaneciera en las malas manos de Amán, sería desastroso para todo el pueblo. Y un cambio de vestidos no cambiaba las cosas.

Yo me pregunto si tú has sido conturbado sobre este punto en tu experiencia cristiana. Tú sabes que eres convertido, pero al lado de la práctica y profesión exterior de tu fe, eres consciente de un vacío interior; de que careces de paz y gimes por liberación. Por esto te dices posiblemente: «Tengo que cambiar de iglesia; no me siento bien en esta congregación, en otra iglesia estaría mucho mejor.» Pero, cumplido el cambio exterior, pronto te das cuenta de que te hallas de nuevo sumido en las mismas condiciones espirituales que antes. No, no es esto lo que necesitas. Al cambiar de iglesia quizá lo que haces es crear un malestar a la iglesia a la cual te unes, porque el mal no está en tu alrededor, sino dentro de ti mismo.

Si no lo solucionas de una vez, serás un vagabundo espiritual todos los días de tu vida.

Predicador, quizás estás diciéndote a ti mismo: «Necesito un nuevo pastorado, no puedo avenirme con esta gente; son tan poco receptivos a mis sermones, y yo estoy malgastando mis dones oratorios.» ¡No, predicador! Puede que la falta no esté tanto en el público como en ti mismo; examina tu propio corazón antes de que tu frialdad espiritual inflija una nueva carga a otra congregación.

Quizás eres un estudiante en un colegio bíblico o seminario y te dices a ti mismo: «Yo sé que mi vida espiritual es muy baja y soy derrotado en muchas esferas de tentación, pero estoy tan ocupado con mis

exámenes que no tengo tiempo para alimentar mis relaciones personales con Cristo; al fin y al cabo, mis días de estudiante son una pequeña parte de la vida; siento ahora mismo que no estoy tan preocupado como antes por las almas perdidas, pero cuando llegue al campo de misión todo será diferente.» ¡No será diferente! Estarás allí tan muerto como lo estás ahora, pues el cambio de localidad geográfica no cambia las cosas, como no las cambia un cambio de pastorado ni de iglesia; mientras Amán esté todavía gobernando en el palacio y llevando el anillo real.

Sí, puedes embarcarte para algún país lejano, pero el vestir una ropa de color caqui, o llevar un turbante, o el viajar por la jungla con la Biblia bajo el brazo no te hará un gigante espiritual si el Espíritu de adopción está gimiendo dentro de ti, pero aún dejas que en ti gobierne el espíritu de la carne en vez del Espíritu Santo. Ha entrado en ti el hombre bueno, pero no has hecho salir aún de ti el hombre malo.

Si el anillo real, o sea la autoridad de tu «yo», está donde no debe estar, continuará tu vida siendo un desastre dondequiera que estés. Necesitas algo más que un cambio de vestidos.

¡Necesitas un nuevo primer ministro!

V

Latigazos y caramelos

Incapaz Ester de consolar a Mardoqueo con sus propias iniciativas, decidió efectuar lo único que permitiría a Mardoqueo explicarle la situación personalmente y darle sus instrucciones. A este fin «llamó a Hatac, uno de los eunucos del rey, que el había hecho estar delante de ella, y mandólo a Mardoqueo, con orden de saber qué era aquello y por qué» (Ester 4:5).

Mardoqueo respondió inmediatamente a su demanda, del mismo modo que el Espíritu Santo responde inmediatamente a ti y a mí tan pronto como estamos dispuestos a rechazar nuestras ideas preconcebidas y le permitimos hablarnos como corresponde a Aquel cuyo oficio es convencernos de pecado y guiarnos a toda verdad.

> «Y Mardoqueo le declaró todo lo que le había acontecido, y dióle noticia de la plata que Amán había dicho que pesaría para los tesoros del rey por razón de los judíos para destruirlos.
>
> »Dióle también copia de la escritura del decreto que había sido dado en Susa para que

fuesen destruidos, a fin de que la mostrara a Ester y se lo declarase, y le encargara que fuese al rey a suplicarle y a pedir delante de él por su pueblo» (Ester 4:7 y 8).

Antes de que Amán fuese llevado al patíbulo, Mardoqueo sabía que era necesario convencer a la reina Ester de la maldad de este individuo siniestro y de las criminales intenciones que escondía debajo de sus atrayentes maneras.

Es precisamente aquí donde empieza la verdadera convicción espiritual. Esta es la actividad del Espíritu Santo dentro del espíritu humano, antes de que pueda realizar su mayor impacto en el alma.

Es quizá difícil localizar el asiento de la conciencia humana, pero es importante reconocer el hecho de que además de la conciencia moral hay una conciencia animal o carnal y es muy fácil para nosotros confundir la una con la otra.

La conciencia de la conveniencia

La conciencia carnal obra sobre la base de la conveniencia, para establecer lo bueno y lo malo, y esto se opone a la conciencia moral dentro del alma.

Esto es a lo que el apóstol llama conciencia animal.

Quizá recordáis la primera vez que tuvisteis un perrito en casa. ¡Tan bonito, suave y atractivo! Quizá no habíais tenido un perro desde hacía tiempo y pronto descubristeis que necesitabais desarrollar un sentido de conciencia en el perro sobre algunas cosas.

Suponed que salisteis a la compra una mañana, poco después del desayuno, dejando un sabroso pedazo de carne sobre la mesa de la cocina. Es innecesario decir que tan pronto como hayáis salido el perro hará un reconocimiento por la cocina, subiendo a la mesa, y verá el bistec con evidente admiración.

Poneos ahora a vosotros mismos en el lugar del perro. Si fuerais un perro hambriento y hallarais a poca distancia un sabroso pedazo de carne, decid francamente, ¿qué haríais? Es innecesario decirlo.

Esto es exactamente lo que haría el perro, y cuando volváis a casa no hallaréis bistec alguno sobre la mesa. ¡El cariñoso y suave perrito!

Quizá la primera vez, después del natural enfado, habréis tomado una actitud caritativa hacia el perro, y lo contaríais casi como una gracia a vuestras amigas, no sin antes haberle dado algún golpe en las costillas diciéndole: «¡Tunante, más que tunante!»

Podéis bien imaginaros que el perro quedaría extrañado, pensando dentro de sí mismo: «¡Qué raros son estos seres humanos! ¿Qué hay de mal en que un perro que tiene hambre se coma un pedazo de carne?»

Pero cuando por segunda vez vuestro perro os dejara sin almuerzo, empezaríais a convenceros de que el amable perrito no es tan bueno y cariñoso como pensabais.

¡Le pegáis una buena paliza! Y, poco a poco, aun sin poseer ninguna conciencia moral, el perro aprende la lección; cuando por tercera vez se encuentra, por vuestros descuidos, expuesto a una tentación similar, retiene su apetito y, mirando al tentador bocado, bajándole la saliva por las fauces, se dice a sí mismo: «No veo por qué no debiera comérmelo, pero la última vez que lo hice mi ama parecía loca y me atizó una paliza que no quiero sufrirla otra vez. No me parece sensato dejarlo aquí, pero lo mejor que puedo hacer es bajarme de la mesa.»

El perro tiene ahora una conciencia acerca del robo. Por supuesto, no es una conciencia de valor moral, pero ha aprendido que hay ciertas cosas en la vida que son malas y vale más evitarlas, por las dolorosas consecuencias que producen.

¡Conocimiento del mal por efectos del latigazo!

Al mismo tiempo puede que hayáis estado enseñando al perro a sentarse y extender una patita, como pidiendo algo, y el perro está pensando: «No puede imaginarse nada más estúpido que esperar que yo me siente sobre mis patas traseras y extienda las de delante. Yo no he sido hecho para mantenerme sobre dos patas, sino sobre cuatro.» Sin embargo, cuando el perro descubre que cada vez que haciendo un esfuerzo lo logra, llega a su boca un caramelo o un terrón de azúcar, aprende que en la vida hay cosas malas, porque traen dolor como consecuencia, y cosas que reciben un caramelo como paga. Por esto hay que hacerlas, no precisamente porque son buenas, sino porque reciben recompensa.

¡Conocimiento del bien mediante el caramelo!

Puede pareceros extraño, pero éste es el primer peldaño de la moral de un bebé. No le haréis un florido discurso para convencer a vuestro niño de que no tiene que tirar del mantel y hacer trizas la valiosa vajilla que tenéis sobre la mesa. Tenéis que enseñarle con algún castigo lo malo de la acción, especialmente si es reincidente. Y asimismo tenéis que enseñarle la moral de la recompensa dándole, quizás, un bombón de chocolate cuando se ha tragado la última cucharada de espinacas. Así aprende que hay cosas en la vida que valen un dulce.

Por la misma razón estáis vosotros mirando ansiosamente al espejo del coche cuando traspasáis el límite de velocidad, para ver si tenéis detrás algún agente que os persigue. Probablemente estáis menos preocupados acerca de la ley de la velocidad que de las consecuencias de ello. ¡Teméis el latigazo de la multa!

Sobre esta base, una cosa puede ser justa o injusta en el terreno eclesiástico, financiero o incluso evangélico, sin que os sintáis envueltos en el más

elevado sentimiento de lo justo y lo injusto en el terreno moral. Estáis juzgando, simplemente, en el terreno de la conveniencia o el bienestar, evitando el latigazo, por un lado, o tratando de obtener, por el otro, el caramelo.

Estoy convencido de que hay decenas de millares de jóvenes que profesan ser cristianos cuya conducta se ciñe a la idea de lo malo y lo bueno según el patrón de la educación recibida en el hogar o en la escuela, sin sentir una profunda convicción espiritual, sino simplemente porque han sido educados dentro de restricciones *evangélicas*.

Enviad a tales jóvenes a una universidad secular, o que sean enrolados en el ejército y así se vean libres de los moldes evangélicos en que fueron educados, y el resultado será, generalmente, desastroso, porque al hallarse frente a los fríos hechos de la vida en un mundo de diferente moral, descubren que nunca tuvieron una verdadera conciencia moral acerca de nada, sino que simplemente hicieron lo que sus consejeros les enseñaron.

La conciencia de convicción

Si la conciencia de conveniencia fija lo bueno y lo malo simplemente según las consecuencias, la conciencia de convicción determina lo malo y lo bueno sobre otro terreno totalmente diferente. En otras palabras, lo bueno es bueno por su propia naturaleza, e igualmente lo malo.

La conciencia de conveniencia es *comparadora;* está sujeta a cualquier viento que sopla, y fácilmente se suscribirá a la «nueva moral» que hace lo inmoral aceptable a la sociedad. En cambio, la conciencia de convicción es *absoluta,* como absoluto es Dios mismo.

Puede ser que dentro del espíritu humano del alma

no regenerada se conserve todavía un vestigio de la justicia y la gloria de Dios a cuya imagen fue el hombre creado. Esto es lo que da a la persona no regenerada, y a veces hasta a la más degenerada, el extraño sentimiento interior del bien y del mal, generalmente mucho más noble que el que procede tan sólo del latigazo o el caramelo, o sea la conciencia de conveniencia. Aun así, la conciencia natural no es digna de confianza. Puede ser agostada, distorsionada, retorcida, por tradición, cultura y circunstancias, de modo que no hable de sí misma con aquella autoridad final que hace imposible al individuo razonar de tal modo que lo malo resulte bueno y lo bueno malo.

La primera cosa que el Espíritu Santo hace cuando viene a tomar posesión dentro del espíritu humano es establecer otros ideales absolutos de justicia, dentro de la conciencia moral, que reflejan la misma naturaleza y carácter de Dios.

Esto tiene lugar aun cuando algunos de tales ideales restaurados no sean del todo definidos dentro del alma. El pecador regenerado no es capaz, al principio, de definir este nuevo principio de vida en todo lo que dice y hace, y a veces se siente obligado a decir: «Yo no lo sé, no puedo explicarlo, pero algo en lo profundo de mi conciencia me dice que es malo decir o hacer esto.»

Esto ocurre porque la obra más profunda del arrepentimiento dentro de la vida del hombre es guiada por el Espíritu Santo después de su conversión. Es cierto, por supuesto, que no puede haber genuina fe en Cristo sin alguna medida de arrepentimiento, pero este arrepentimiento inicial se basa más en el temor a las consecuencias del pecado que en el pesar que causa la maldad del pecado.

Cuando el Espíritu Santo empieza a revelar a tu humano espíritu, de un modo claro y sin disimulo, la

malignidad de la carne, como Mardoqueo reveló a Ester la maldad de Amán, esta convicción desalentadora puede llegar a hacerte pensar si eres o no realmente salvo. Esto es un síntoma saludable y una de las más seguras evidencias de un genuino nuevo nacimiento espiritual.

El Espíritu Santo es como si alguien entrara en un cuarto oscuro y sucio con una lámpara en la mano, y aquello a lo cual estabas acostumbrado en la oscuridad te resulta repugnante ante la luz.

De este modo llegas a comprender la naturaleza de tu situación, y que necesitas una obra más profunda de la gracia que simplemente aquel temor del infierno, o deseos de la felicidad del cielo, que movieron tu decisión primera. Cuando el Espíritu Santo obre profundamente a través de las experiencias de tu vida, descubrirás con amargura lo que decía el salmista:

> «He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre.
>
> »He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo...
>
> »Esconde tu rostro de mis pecados y borra todas mis maldades.
>
> »Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí» (Salmo 51:5, 6, 9, 11).

Ester había descubierto la clase de compañía que había estado manteniendo en el palacio, y que al parecer era una persona tan simpática, y por cierto no fue un descubrimiento muy agradable.

Es siempre una penosa experiencia cuando el Espíritu Santo quita la careta de vuestro propio Amán y descubre los rictus de su malvada faz.

Entonces os sentiréis impulsados a hacer como Pedro: «... saliendo fuera, lloró amargamente» (Lucas 23:62).

VI

Si perezco que perezca

Sorprendida y no poco asustada al descubrir que los negocios del reino habían sido puestos en tan malas manos, Ester no quedó poco alarmada por los explícitos detalles que Mardoqueo le daba acerca de las intenciones del ladino enemigo.

Hatac había sido enviado por Mardoqueo no tan sólo para mostrar a Ester la copia del decreto dado en Susa para destruir a los judíos, sino también para encargarle que fuera al rey y suplicarle en favor

La reina sabía bastante bien, sin embargo, que entrar a la presencia del rey sin ser llamada significaba sentencia de muerte, pues tal era la ley del país. No se trataba simplemente de que los que cruzaran el umbral para entrar en la real presencia sin ser llamados serían juzgados acerca de sus intenciones, sino que la sentencia de muerte era automática e inquebrantable.

En el mismo momento en que Ester cruzara el umbral prohibido sabía que una sentencia de muerte pesaba sobre ella, a menos que el rey tuviera a bien extenderle el cetro real de oro.

Por esto no es extraño que la petición de Mardoqueo de que la reina fuera a interceder ante el rey fuera protestada en la siguiente forma:

> «Entonces Ester dijo a Hatac que dijese a Mardoqueo: Todos los siervos del rey, y el pueblo de las provincias del rey, saben que cualquier hombre o mujer que entrare en el patio interior para ver al rey, sin ser llamado, una sola ley hay respecto a él: ha de morir, salvo aquel a quien el rey extendiera el cetro de oro, el cual vivirá; y yo no he sido llamada para ver al rey estos treinta días» (Ester 4:10-11).

Un fiero conflicto se levantó en el corazón de Ester. Sabemos por el capítulo 2, versículo 20, que Ester «no había revelado su parentela ni su pueblo», tal como Mardoqueo le había encargado, pero ahora tenía que entrar al rey e identificar su persona y su pueblo, así como dar testimonio de los propósitos y el poder de Dios, y al hacer esto se exponía al odio de Amán contra los judíos.

Bajo tales circunstancias parecía del todo irrazonable exponerse con tanta probabilidad a una sentencia de muerte buscando en momento tan inoportuno una audiencia con el rey. El razonamiento natural era: «Si Amán es tan malvado y astuto como Mardoqueo me dice, es conveniente, a toda costa, que yo pueda sobrevivir para hacer, hasta donde me sea posible, algún bien a mi pueblo. Quizá yo pueda ablandarle y trastornar sus criminales planes, o quizás es mejor tratar de hablar al propio Amán e intentar tocarle al corazón. Quizá no es tan malo, después de todo, como Mardoqueo lo pinta, pero ir a exponerme a una sentencia de muerte casi segura parece irrazonable.»

Aquí tenemos en figura al Espíritu Santo negado

y resistido, pues hasta que Ester estuviera dispuesta a morir era imposible para Mardoqueo traer a Amán a la horca. La lección a aprender aquí es que tan difícil como era para Ester el condenarse a sí misma lo es para nosotros vencer al adversario. Ella no tenía el encargo de hacer colgar a Amán, esto correspondía a Mardoqueo, pero su responsabilidad era obedecer lo que Mardoqueo le decía, aun cuando la muerte pareciera ser la única consecuencia posible.

Del mismo modo que Ester tenía que renunciar a su propia capacidad y habilidad para destruir a Amán, así tú debes morir a tu propia capacidad para vencer el pecado y la carne, pues no puedes crucificarte a ti mismo. Es asunto de Dios. Andar en el Espíritu es tener una confianza tan entera en El que, ante todo, obedezcas sus instrucciones sin hacer preguntas. A los que tal hagan, es la promesa de Dios que serán librados de las concupiscencias de la carne. El Espíritu Santo es poderoso para tratar con la carne y llevarla a la muerte. Es El quien tiene que encargarse de vencer a Amán.

> «Y dijeron a Mardoqueo las palabras de Ester. Entonces dijo Mardoqueo que respondiesen a Ester: No pienses que escaparás en la casa del rey más que cualquier otro judío. Porque si callas absolutamente en este tiempo, respiro y liberación vendrá de alguna otra parte para los judíos; mas tú y la casa de tu padre pereceréis. ¿Y quién sabe si para esta hora has llegado al reino?» (Ester 4:12-14).

Mardoqueo hizo claro a Ester que ella no era indispensable a Dios, sino que Dios era indispensable a ella. Asimismo le hizo bien claro que había llegado a aquel momento culminante de su vida para el cual Dios la había preparado.

Mardoqueo vino a decir a Ester más o menos lo siguiente: «Tú estás ahora en el umbral de tu propio destino y del de tu pueblo: Si escoges bien, será tu hora mayor. Pero si escoges mal, arrojando a la cara de Dios todo lo que El ha hecho tan maravillosamente para ti con el fin de salvar tu pellejo, no pienses que escaparás de las consecuencias, pues queriendo salvar tu propia vida la perderás; en cambio, si estás dispuesta a perder tu vida por causa de Dios, la hallarás. ¡Esta es la hora de tu destino, escoge sabiamente, no lo eches todo a perder!»

Yo creo que este momento viene en la vida de cada hijo de Dios: El momento cuando el propósito de Dios para nuestra vida es puesta en la balanza. Puede ser que en este mismo momento en que estás leyendo estas líneas te encuentres tú en el umbral del propósito para el cual Cristo te redimió, y que él esté esperando llenarte de su poder, y sin embargo tú estés espantado y alarmado acerca de semejante plan.

Cumplirás tu destino si comprendes que no eres tú mismo quien tiene que obrar. La muerte a todo lo que tú eres y a toda tu incapacidad, es la única puerta mediante la cual entrarás a la plenitud de Cristo, de modo que puedas vivir milagrosamente en el poder de su resurrección, clamando con toda tu alma: «¡Señor Jesús, yo no puedo, pero tú puedes!» Y es esto todo lo que yo necesito saber: «¡Adelante, pues!»

> «Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará» (Mateo 16:24-25).

El Espíritu Santo obedecido

Con esta advertencia tan clara la respuesta de

Ester fue tan atrevida como valiente, y el cuadro que nos presenta del verdadero discipulado es emocionante y dramático.

> «Y Ester dijo que respondiesen a Mardoqueo: Vé y reúne a todos los judíos en Susa, y ayunad por mí, y no comáis ni bebáis en tres días, noche y día; yo también con mis doncellas ayunaré igualmente, y entonces entraré a ver al rey, aunque no sea conforme a la ley; ¡y si perezco que perezca!» (Ester 4:15-16).

La reina Ester no abandonó sus hermosos vestidos, ni renunció al lujo de la corte real, ni tampoco abdicó su corona, ni disminuyó el número de sus siervos; no lo necesitaba. El dado había sido echado y la decisión estaba tomada. El dilema con el cual se había enfrentado era decisivo y final, abarcaba todas las circunstancias secundarias. Ester tenía que vivir ahora para Dios tan sólo y morir a ella misma y a todos sus propios intereses.

Por tres días y tres noches Ester estuvo como enterrada. Resuelta a morir; lo había abandonado todo, igual como si fuese muerta. Asimismo sabía ella que sólo el cetro real la podía levantar de entre los muertos el tercer día, y así es como entró sin ser invitada a la presencia del rey.

¡Qué riqueza de significado hallamos en este cuadro tan maravilloso, tres días y tres noches! ¡La tercera mañana! ¿Te recuerda esto algo?

Fue el tercer día que Josué, tomando a su pueblo y haciéndolo pasar por el lugar de la muerte en las profundidades del Jordán, fue preservado milagrosamente con todo el pueblo de Israel por la divina intervención y pasaron en seco a la tierra prometida. El pueblo fue levantado simbólicamente de entre los muertos aquella mañana para entrar a poseer el bien

por el cual habían sido redimidos de la mano de Faraón en Egipto.

Tres días y tres noches estuvo Jonás en el vientre de la ballena después de haber sido arrojado al mar, a petición suya propia, para morir a su propia voluntad y desobediencia, y fue resucitado de entre los muertos la tercera mañana y traído a la orilla, con el renovado encargo de salvar a un pueblo expuesto a perecer.

Fue una tercera mañana cuando Abraham levantó sus ojos y vio el lugar de lejos (Génesis 2:4). El lugar en donde un cuchillo debía atravesar el corazón de su único hijo, Isaac, en quien estaban incluidas todas las promesas de Dios, todas sus más nobles aspiraciones. Y cuando el cuchillo resplandecía a la luz del sol aquella tercera mañana, Dios proveyó un sustituto «y levantó a Isaac "en figura" de entre los muertos» (Hebreos 11:18-19).

La voluntad a morir es el precio que tienes que pagar si quieres ser levantado de entre los muertos y obrar y andar en el poder de la tercera mañana, compartiendo la resurrección de Jesucristo sobre la tierra. De este modo quedas identificado con el desarrollo incesante del plan redentor de Dios, que ha de encontrar consumación final en la gloriosa aparición de nuestro resucitado Señor.

> «Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios.
>
> »Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros seréis también manifestados con él en gloria» (Colosenses 3:1, 4).

Con labios temblorosos, piernas vacilantes y el corazón palpitante hasta el punto de romperse, apareció la pálida muchacha aquella tercera mañana en

el dintel de la cámara real a la presencia del rey sin ser invitada. Ya no tenía nada que perder, pues se había condenado a muerte a sí misma, pero tenía la esperanza de ganarlo todo.

Impulsada por una confianza invisible dentro de sí, Ester renunció a su propia vida. Quizá hubo quienes al verla con tal decisión juzgaron que estaba cometiendo un acto de completa locura. Pero una pequeña voz le decía dentro de su corazón: «¡Si perezco que perezca!, ¡si perezco que perezca!, ¡si perezco que perezca! Dios cuidará de las consecuencias.» Y así fue.

> «Aconteció que el tercer día se vistió Ester su vestido real y entró en el patio interior de la casa del rey, enfrente del aposento del rey, y estaba el rey sentado en su trono, en el aposento real, enfrente de la puerta del aposento.
>
> »Y cuando vio a la reina Ester que estaba en el patio, ella obtuvo gracia ante sus ojos, y el rey extendió a Ester el cetro de oro que tenía en la mano. Entonces vino Ester y tocó la punta del cetro» (Ester 5:1-2).

¡Dios la había levantado de entre los muertos!

Muerta para sí misma y viva para Dios, toda la responsabilidad ahora recaía sobre las espaldas de Mardoqueo. Ester conoció la emancipación de la obediencia. No había ya más decisiones a tomar, sólo instrucciones a obedecer.

VII

La horca en el jardín

Los muertos no pueden morir, ni ser asustados, ni pueden llevar pesadas responsabilidades. De hecho no hay nada tan relajador como estar muerto. Quiero decir muertos a vuestra propia habilidad para colgar a Amán. Muertos, de hecho, a vuestra propia facultad de ejecutar algo, sea o no relativo a Amán, aparte de Jesucristo.

Por supuesto, podéis dejaros morir una vez si habéis quedado completamente convencidos de que morir es cambiar lo que tenéis por lo que Cristo es; pero es al llegar a este punto que la incredulidad levanta su fea cabeza. Si no estáis completamente convencidos de que Jesucristo quiere y puede hacerse cargo de vosotros, os agarraréis a lo que ya tenéis como si quisierais escapar de la muerte; pero podéis tener la certeza absoluta de que nunca encontraréis aquella paz que sobrepasa a todo entendimiento, que viene de permitir al Señor Jesucristo tomar la responsabilidad completa y la dirección de nuestra vida.

Este es un estado mental pragmático en el cual

este repudio total de vuestros propios esfuerzos es repugnante, resultando a veces en hostilidad, una hostilidad que tiene sus raíces en la propia justificación. Es necesario tener paciencia con tal gente, porque muchas veces son personas verdaderamente consagradas en su deseo de servir a Dios; pero el concepto total de la vida cristiana, que no es otra cosa, ni más ni menos, que el Señor Jesucristo en acción, les confunde y la paz y la confianza que se encuentran en tal vida los evade.

De sí, esto no nos sorprende ya si no fuera por el hecho de que ninguna verdad espiritual puede ser percibida en el mundo excepto por revelación. El principio antes expresado fue declarado antes por el Señor Jesucristo mismo, quien por treinta y tres años permitió al Padre estar en él, por medio del Espíritu Santo, de la misma forma como quiere estar también ahora en nosotros. Pero «nunca respondió insulto con insulto, antes sufría cuando le amenazaban, dejando su causa en manos de Dios que juzga rectamente» (1.ª Pedro 3:23). El Señor Jesucristo se apoyó en el Padre y obró siempre sobre la base de que su Padre estaba manejando la situación y El obedecía siempre sus instrucciones. Aprendió la obediencia, y obediencia hasta la muerte. Y ahora Dios no nos pide a ti y a mí ser más débiles o más insensatos que lo que El estuvo dispuesto a ser, pues la cruz fue en apariencia, como dice San Pablo, lo flaco de Dios y lo insensato de Dios.

> «Porque aunque fue crucificado en debilidad, vive por el poder de Dios. Pues también nosotros somos débiles en El, pero viviremos con El por el poder de Dios para con vosotros» (2.ª Corintios 13:4).
>
> «Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres» (1.ª Corintios 1:25).

Esto es lo que confundió a los discípulos. Ellos pensaban que el Señor Jesús obraba con una pasividad incomprensible y estaba fracasando en el terreno real. A veces parecía que se dirigía al desastre. ¿Por qué no les organizaba? ¿Por qué no aprovechaba su popularidad entre las multitudes para fines políticos? Después de todo el dinero es lo que vale, y seguramente el joven rico habría usado su influencia para llevar adelante el movimiento que ellos trataban de promover.

Doquiera que el Señor Jesús realizaba algún milagro notable y alguien era curado, ¿por qué evitaba aquellas magníficas oportunidades para una amplia publicidad y para hacer que todas las bocas se callaran? ¿Por qué no echaba todo su peso para enaltecer su personalidad, ejercer su autoridad y confundir a sus enemigos una vez para siempre, aplastándoles y vindicando su deidad? ¿Por qué no daba a conocer a la muchedumbre quién era y de dónde había venido? ¿Por qué no justificaba sus pretensiones de igualdad con el Padre y barría para siempre a sus enemigos? ¿Por qué esta muestra de debilidad digna de compasión y esta locura aparente? ¿No tenía El la suficiente perspicacia? Estas son algunas de las preguntas que debían haberse acumulado en las mentes de sus discípulos; ellos no querían la cruz porque tampoco creían en la resurrección.

El Señor Jesús podía permitir ser reprendido, podía permitirse que le escupieran, podía ser humillado, podía parecer como loco a los ojos de hombres pecadores y perversos, porque conocía a Aquel que le había enviado, a Aquel en cuyas manos había entregado su espíritu, no sólo en la muerte, sino en los treinta y tres años de su vida terrenal. Podía permitirse hacer todo esto que había sido profetizado de El, y podía permitirse morir, porque sabía que había Alguien que cuidaría de las consecuencias.

Si tú no estás preparado para hacer lo que Dios quiere de ti, sin importarte lo débil o loco que puedas aparecer a los ojos de otras personas, entonces, sea lo que sea que creas acerca de la resurrección del Señor Jesucristo, es pura teoría; no has entrado todavía en lo bueno de tal conocimiento. La vida de Jesucristo dentro de ti hace que las circunstancias humanas sean sin importancia cuando se cruzan con la obediencia a sus claras instrucciones, pues compartir su vida ahora, como El la compartió una vez con su Padre cuando vivía sobre la tierra, es saber, como El lo sabía, que Alguien está cuidando de las consecuencias.

No quiero decir con esto que los propósitos de Dios siempre tengan que aparecer irracionales a la luz de las circunstancias humanas, ni que haya una peculiar virtud en ser excéntrico o necio, sino, simplemente, que tú estarás voluntaria y gozosamente independiente de las circunstancias y de los juicios de tu propio criterio en las decisiones que hagas. Harás según se te diga, tanto si las instrucciones de Dios aparecen compatibles con tu situación inmediata como si no, y dejarás a Dios vindicarse a sí mismo y justificar el curso de la acción en la cual te has embarcado.

Sobre esta base Abraham podía permitirse decir a Lot: «No haya ahora altercado entre mí y ti, entre mis pastores y los tuyos, porque somos hermanos. ¿No está toda la tierra delante de ti? Yo te ruego que te apartes de mí; si fueres a la izquierda, yo iré a la derecha, y si tú a la derecha, yo iré a la izquierda» (Génesis 13:8-9). Aquí hay una reposada indiferencia a lo que otros habrían considerado y discutido como intereses legítimos. El podía tomar la izquierda o la derecha, lo mejor que la pareciese, pero el pacto de Dios era con él, con Abraham, y él lo sabía.

Esto es lo único que Abraham necesitaba, y era consciente de ello.

Moisés podía permitirse desafiar a Faraón y poner sus pies sobre el mar Rojo; así como Josué podía desafiar a Jericó y poner sus pies sobre el Jordán, ya que sabían que Dios tomaría en su mano las consecuencias y daría a los egipcios un baño mayúsculo y a los cananeos un terremoto.

Sobre esta base, Gedeón podía derrotar a un ejército de millares con trescientos hombres, y Sansón a los filisteos con una quijada de asno; con la vara de Aarón, con un poco de sal o con un poco de aceite podía Dios hacer cosas imposibles y vindicar la fe de aquellos que le obedecían.

> «Por cuanto un número tan inmenso de hombres de fe nos contempla desde las graderías celestiales, despojémonos de cualquier cosa que nos reste agilidad o nos detenga, especialmente de estos pecados que con tanta facilidad se nos enredan en los pies y nos hacen caer, y corramos con paciencia la carrera en que Dios nos ha permitido competir» (Hebreos 12:1 —*Paráfrasis del Nuevo Testamento*—).

Permítete condenarte a muerte a ti mismo y entonces podrás hacer como te es indicado, del mismo modo que Ester lo hizo; aun cuando, sin duda, quedó muy extrañada de las instrucciones que recibió. Pero sabía que no tenía que hacer preguntas.

¿Has llegado, en tu relación con el Señor Jesucristo, a la actitud de cesar de interrogarle acerca de sus intenciones?

Ester da un banquete

> «Dijo el rey: ¿Qué tienes, reina Ester, y cuál es tu petición? Hasta la mitad del reino se te dará.

»Y Ester dijo: Si place al rey, vengan hoy el rey y Amán al banquete que he preparado para el rey.

»Respondió el rey: Daos prisa, para hacer lo que Ester ha dicho. Vino, pues, el rey con Amán al banquete que Ester dispuso» (Ester 4:3-5).

Sin duda que, bajo el consejo de Mardoqueo, Ester hizo preparar la mesa para un banquete, al cual invitó al rey y a Amán.

Si Amán tenía que ser colgado, éste era un modo muy raro de llevar a un hombre a la horca; pero Ester no hizo preguntas acerca de lo acertado o desacertado del plan de Mardoqueo. Hizo tal como se le dijo, y cuando otra vez el rey le dio oportunidad de hacer una petición, respondió:

«Mi petición y mi demanda es ésta: Si he hallado gracia a los ojos del rey, y si place al rey otorgar mi petición y conceder mi demanda, que venga el rey a otro banquete que les prepararé, y mañana haré conforme a lo que el rey ha mandado» (Ester 5:7-8).

El ratón atrapado

Es innecesario decir que Amán estaba orgulloso hasta reventar, al recibir la doble invitación de la reina, pues leemos:

«Y salió Amán aquel día contento y alegre de corazón» (Ester 5:9).

Cuando Amán llegó a su casa llamó a sus amigos y a Zeres, su esposa, y les dio una típica exhibición de su orgullo carnal.

«Les refirió Amán las glorias de su riqueza, y la multitud de sus hijos, y todas las cosas con que el rey le había engrandecido, y con que le había honrado, sobre los príncipes y siervos del rey.

»Y añadió Amán: También la reina Ester a ninguno hizo venir con el rey al banquete que ella dispuso, sino a mí; y también para mañana estoy convidado por ella con el rey.»

Haciendo una exhibición de su nauseabundo orgullo, Amán indicó que era, no sólo el favorito del rey, sino de la reina, con exclusión de cualquier otra persona; pues la característica de la carne es buscar su propio engrandecimiento a expensas de los demás.

Leyendo entre líneas lo que Amán dijo a sus amigos, podemos glosarlo así: «Aparte del rey, la reina no ha querido a nadie más en el banquete sino a mí; y, confidencialmente, yo pienso que a la misma reina no le hace mucha gracia que el rey tenga que estar con nosotros; pero no tiene otro remedio.» ¡Naturalmente! La carne tiene una gran capacidad para engañarse a sí misma cuando se trata de ponderar la propia reputación.

Deslizándose en su propio barro, había tan sólo una cosa que lo estropeaba todo, una simple mosca en su miel:

«... Cuando Amán veía a Mardoqueo en la puerta del rey de pie, sin inclinarse, se llenaba de indignación contra él» (Ester 5:9).

Y, lleno de furia, declaró a su esposa y amigos:

«Mas todo esto de nada me sirve cuando veo a Mardoqueo sentado a la puerta del rey» (Ester (5:13).

El Espíritu Santo siempre pone en evidencia a la carne por lo que es, y nada enfurece más al cristiano carnal que cuando aquel que tiene discernimiento espiritual permanece indiferente a sus propias alabanzas.

Sin duda habéis oído el chiste de un necio que se alababa ante un amigo suyo diciendo: «¡Yo soy un hombre que se ha hecho a sí mismo!» Y su amigo le respondió secamente: «¡Exacto, esto demuestra los malos resultados de una labor no aprendida!»

> «Y le dijo Zeres su mujer y todos sus amigos: Si eres tan favorito del rey y de la reina como dices, haz construir una horca en tu jardín y pide al rey mañana, antes del segundo banquete, que Mardoqueo sea colgado allí. Entonces no tendrás nada que te moleste y podrás disfrutar del banquete sin preocupación alguna» (Ester 5:14).

Amán quedó altamente complacido de esta sugerencia, y poco después la cuerda estaba oscilando en su jardín al impulso de la brisa.

Todo esto tuvo lugar entre los dos banquetes, antes de que Ester hubiese tenido otra conversación con el rey, y en apariencia las cosas no iban de un modo demasiado favorable a Mardoqueo. Si Ester hubiese sabido lo que estaba tras cortina, podía haber quedado tentada a preguntarse si todo estaba yendo conforme al plan de Mardoqueo.

En el poco tiempo que quedaba tenía que decidirse una gran cuestión: Había una horca levantada en el jardín del palacio de Amán; ¿quién tendría que ocuparla, Amán o Mardoqueo? Esta es la gran cuestión que tiene que decidirse en tu corazón, como en el corazón de todo creyente.

Si Cristo está en la cruz tu *yo* está en el trono, pero si tu *yo* está en la cruz, Cristo está en el trono.

¡Hay una horca en el jardín!

¿Quién tiene que ocuparla?

VIII

Ruina y duplicidad; Amán empieza a caer

¿Había comido langosta?

Quizá no era langosta, quizás era salsichón o pavo; algo bastante suculento e indigesto para causar una noche de insomnio, pues leemos que «aquella noche el rey no pudo dormir» (Ester 6:1).

Precisamente aquella noche, entre todas las noches; precisamente cuando Mardoqueo parecía estar en peligro mortal, a la víspera de su propuesta ejecución; precisamente aquella noche el rey no pudo dormir. Se revolvía de un lado a otro; arrojó las mantas fuera de la cama, intentó dormir del lado izquierdo, del derecho o plano; contó ovejas y recitó el alfabeto, pero todavía no podía dormir. Por fin pidió a sus ayudas de cámara «que trajeran el Libro de las Memorias para que fuesen leídas delante del rey». Los tiempos de Dios son perfectos. No fue hasta que todo parecía perdido y el cuchillo brillaba ya a la luz del sol cuando Dios llamó a Abraham para que tirara el cuchillo. Cuando Pedro tenía que morir

el día siguiente, es que fue librado de sus cadenas y de la prisión por el ángel del Señor, arrebatando su presa a Herodes. No fue por casualidad que Felipe encontró el eunuco en el desierto, y Pablo a Lidia a la orilla del río. Eran providencias por las cuales el Señor cumple sus fines divinos. «Y estando yo en el camino —dijo el siervo de Abraham—, el Señor me condujo.» Y así es como trajo a Rebeca para ser la esposa de Isaac. En las páginas del Libro de Memorias, leído precisamente aquella noche, se encontró escrito que Mardoqueo había denunciado a Bigtán y a Teres, dos de los ayudas de cámara y guardianes del rey, que querían asesinar a Asuero (Ester 6:2). El rey se dio cuenta de repente de que Mardoqueo había sido el medio de su liberación de aquellos que habían tramado el complot para destruirle.

La historia es contada en los últimos tres versículos del segundo capítulo:

> «En aquellos días, estando sentado Mardoqueo a la puerta del rey, se enojaron Bigtán y Teres, dos eunucos del rey, de la guardia de la puerta, y procuraban poner mano al rey Asuero.
>
> »Cuando Mardoqueo entendió esto lo denunció a la reina Ester, y ésta lo dijo al rey en nombre de Mardoqueo.
>
> »Se hizo investigación del asunto y fue hallado cierto; por tanto, los dos eunucos fueron colgados en una horca, y fue escrito el caso en el Libro de las Memorias del rey.»

El rey no desconocía el suceso, pero nunca se le había acudido con todo su significado como en aquella noche de insomnio. Nunca se había parado a pensar que de no haber sido por la intervención de Mardoqueo habría sido víctimo de los cuchillos asesinos y estaría muerto y enterrado.

Con frío sudor ante tal pensamiento, el rey exclamó: «Qué honor y dignidad han sido dados a Mardoqueo por eso?» Los siervos del rey le dijeron que no se le había dado nada. Y bien hubiesen podido añadir: «Es que vuestra majestad jamás se preocupó de ello. Estabais, señor, tan preocupado con muchas otras cosas que este hombre ha quedado absolutamente sin recompensa.»

Es posible para muchas personas vivir durante años sin ser conmovidos por el maravilloso amor de Dios en Cristo, y sin embargo profesan le fe salvadora. Se hallan tan preocupados con muchas otras cosas que el trascendental hecho de la Redención por la preciosa sangre de Cristo les parece un hecho natural y sin importancia.

Este hecho es conocido, sin mayores consecuencias hasta el momento de una más plena relevación, cuando de un modo casi inexplicable el significado de la cruz aparece vivamente ante el corazón y la mente de alguien que se da cuenta de los derechos del Salvador olvidado. A la vista de las heridas de sus manos y sus pies, el corazón exclama: «¿Qué honra y gloria le he dado yo a El por esto?»

La respuesta a esta pregunta puede ser para nosotros tan aplastante como lo fue para el rey cuando se le dijo: «Nada ha sido hecho por él.» Lleno de remordimiento, y al ver la urgencia del caso, el rey dijo: «¿Quién está en el vestíbulo?» Algo tenía que hacerse para enmendar este yerro, y tenía que hacerse en seguida. Por esto el rey buscó a alguien a quien confiar tan solemne responsabilidad.

¿Quién estaba allí? ¡El cuadro es estupendo! ¿Quién pensáis que vino a la corte en aquel momento psicológico?

> «Entró, pues, Amán y el rey le dijo: ¿Qué se debería hacer al hombre cuya honra desea el

rey? Y dijo Amán en su corazón: ¿A quién deseará el rey honrar más que a mí?»

¡Precisamente cuando el rey estaba pensando en honrar a Mardoqueo vino Amán a pedirle permiso para colgarle!

Recordad, empero, lo que hemos visto en el capítulo anterior, que, aun cuando el Espíritu Santo haya levantado convicción dentro del espíritu humano, puede que ésta no sea discernible ni clara para el alma. El rey, como figura del alma humana, no se había dado cuenta todavía de la maldad de Amán, tal como había sido revelada por Mardoqueo a Ester. Todavía estaba plenamente persuadido de la integridad de su favorito, ¿y a quién podía confiar mejor la responsabilidad de honrar a Mardoqueo que al mismo Amán?

«Entró, pues, Amán al rey y le dijo: ¿Qué se hará al hombre cuya honra desea el rey? Y dijo Amán en su corazón: ¿A quién deseará el rey honrar más que a mí?» (Ester 6:6).

Absolutamente egocéntrico y completamente obsesionado con su propia importancia, parecía inconcebible para Amán que el rey deseara honrar a alguien que no fuese él mismo; e incapaz de pensar más que en términos de propio engrandecimiento, todas las medidas que sugirió fueron, en su imaginación, en favor de él mismo.

«Y respondió Amán al rey: Para el varón cuya honra desea el rey, traigan el vestido real con que el rey se viste, y el caballo en que el rey cabalga, y la corona real que está puesta en su cabeza, y den el vestido y el caballo en mano de alguno de los príncipes más nobles del

rey, y vistan a aquel varón cuya honra desea el rey, y llévenlo en el caballo por la plaza de la ciudad, y pregonen delante de él: "¡Así se hará al varón cuya honra desea el rey!"» (Ester 6:7-9).

Amán se estaba imaginando a sí mismo sobre el caballo del rey, conducido por emisarios reales por las calles de la ciudad. Y ya le parecía oír los estruendosos aplausos de las excitadas multitudes saludando al favorito, vestido con el ropaje real y con la corona sobre su cabeza. Después de todo, ¿podía haber algo más lógico que esto? ¿No era él el favorito del rey y el niño mimado de la reina?

Regocijándose con la idea de su triunfo, se olvidó de la petición que traía al rey de colgar a Mardoqueo en la horca preparada en el jardín. Esto era ya cosa fácil. Una conclusión lógica de los acontecimientos, según él se los imaginaba.

Para Amán no había nada más delicioso que pensar en ver a su archienemigo balanceándose, colgado por el cuello, como glorioso gran final del día de su real aclamación.

«Entonces el rey dijo a Amán: Date prisa, toma el vestido y el caballo, como tú has dicho, y hazlo así con el judío Mardoqueo, que se sienta a la puerta real, y no omitas nada de lo que has dicho» (Ester 6:10).

Me habría gustado ver la cara que puso Amán, y a vosotros también, ¿no os parece? Blanco como un papel, lívido de rabia, con la sangre encendida en odio y contrariedad, Amán fue bastante prudente para controlar sus sentimientos. No explotó, pues era demasiado listo para ello. Evidentemente, algo había ocurrido al rey con relación a Mardoqueo, y aunque

él no sabía lo que acababa de descubrir el rey en cuanto a la aventura en el Libro de Memorias, comprendió que desafiarle en su presente estado de mente no haría nada más que poner en peligro su vida. Es peligroso para la carne cuando alguien descubre a Cristo por la lectura de la Biblia. Ahora era una cuestión de propia preservación para Amán, y estaba dispuesto a pasar incluso por la terrible contrariedad de honrar a Mardoqueo, ya que ello era el precio que tenía que pagar para sobrevivir.

El rey obraba de buena fe al solicitar los servicios de Amán en su deseo de honrar a Mardoqueo, pues era totalmente ignorante del carácter de su favorito. Por la misma razón, a veces tú y yo hemos empleado la energía de la carne en nuestro genuino deseo de honrar al Señor Jesucristo en nuestra vida. Descubriréis lo que el rey descubrió: que la carne, que tiene su origen en Satanás, puede acompañaros en cualquier forma de actividad cristiana, aun cuando tales honores a Cristo no sean sino para ella el medio de sobrevivir.

La carne cantará en el coro de la iglesia, dirigirá una Escuela Dominical, presidirá una reunión de diáconos, predicará desde el púlpito, organizará una cruzada evangelística, irá a una Escuela Bíblica, se dará como voluntaria para trabajar en un campo misionero, y mil otras cosas (todas las cuales pueden ser buenas en sí mismas), si con ello puede permanecer lejos de la horca.

Es característico de la naturaleza espiritual no madurar el ser incapaz de discernir entre lo bueno y lo malo (Hebreos 5:13-14); y el niño en Cristo, al igual que los necios gálatas, habiendo empezado en el Espíritu, tratan de «perfeccionarse por la carne» (Gálatas 3:3).

«Y Amán tomó el vestido real y el caballo, y vistió a Mardoqueo, y lo condujo a caballo por la plaza de la ciudad, e hizo pregonar delante de él: "¡Así se hará al varón cuya honra desea el rey!"» (Ester 6:11).

Amán hizo lo que le había sido mandado y, según parece, a entera satisfacción del rey, pues éste estaba tan empeñado en su deseo de honrar a Mardoqueo que no se dio cuenta de la duplicidad de Amán.

Nosotros debemos ser particularmente pacientes con aquellos cuya falta de comprensión les permite expresar un amor genuino al Señor Jesús y a veces ser muy entusiastas acerca de actividades cristianas empleando medios y métodos que para los que tienen mayor discernimiento espiritual sienten que son medios contaminados por la carne. Estas personas son más dignas de instrucción que de reproche, pues están todavía en su niñez espiritual.

Mardoqueo volvió otra vez a la puerta del rey, pero Amán se apresuró a entrar en su casa, para lamentar lo que había ocurrido, con su cabeza cubierta (Ester 6:12). Explicó a Zeres su esposa, y a todos sus amigos, su amarga humillación, y la respuesta a su lamento no era nada alentadora: «¡Estás perdido —le dijeron—, estás vencido!» La carne tiene pocos amigos en su adversidad, y poco consuelo en el día de su calamidad.

«Si Mardoqueo es de la simiente de los judíos, delante de los cuales has empezado a caer, no prevalecerás, sino que caerás por cierto delante de él.

»Aún estaban ellos hablando con él, cuando los eunucos del rey llegaron apresurados, para llevar a Amán al banquete que Ester había dispuesto» (Ester 6:13-14).

Con tan desoladores augurios pendientes de los labios de sus amigos, llegaron los ayudas de cámara del rey, interrumpiendo la escena, para acompañar a Amán al banquete que Ester había dispuesto.

¡Había pasado el tiempo de Amán! La mesa se hallaba preparada y la trampa tendida. De una horca de 50 codos levantada en su jardín oscilaba una cuerda en el aire, y en el ánimo de Amán un presentimiento de ruina.

¡La ruina de la hipocresía!

IX

El momento de la verdad

La carne amenazará, dominará e ideará complots, o bien se arrastrará, rogará y llorará, según la situación lo pida para su propio interés. En el malvado corazón de Amán había terribles presentimientos cuando fue al banquete del rey, pues sabía que estaba derrotado. Si el rey había empezado a conocer la verdad acerca de Mardoqueo, no tardaría mucho en conocerla acerca del propio Amán.

La carne repudia ser conocida tal como es y lucha desesperadamente para evitar el desastroso momento de la verdad; aquel momento cuando el Espíritu Santo arranca la máscara de su nefasto rostro.

Sin duda, Amán planeaba mostrarse del mejor modo en este segundo banquete, trataría de ser amable y persuasivo, aun cuando pocos de los servidores dejarían de darse cuenta de su no acostumbrado nerviosismo.

Cuando el Espíritu Santo empieza a convencerte dando testimonio al humano espíritu de que ha sido negado al Señor Jesucristo el lugar que le corresponde en tu vida, la vieja naturaleza satánica, que

está dentro de ti, se vuelve más y más irritable; sin embargo, es en tales momentos cuando buscará encontrar los mejores argumentos posibles para justificarse de sus ilegítimas actividades.

Algo decía a Amán en su corazón que no podía esperar misericordia de las manos de Mardoqueo, una vez que éste había empezado a ganar el oído y la confianza del rey. Y la carne sabe que no puede evitar las consecuencias de un trato directo con el Espíritu Santo. Dice como Acab a Elías: «Me has encontrado, enemigo mío.» Y el Espíritu Santo replica como Elías en aquella ocasión: «Te he encontrado, porque tú te has vendido a ti mismo a obrar el mal ante los ojos del Señor» (1.° Reyes 21:20).

> «Y en el segundo día, mientras bebían vino, dijo el rey a Ester: ¿Cuál es tu petición, reina Ester, y te será concedida? ¿Cuál es tu demanda? Aunque sea hasta la mitad de mi reino, se te concederá» (Ester 7:2).

Debía ser un gran momento para Ester, pues hasta ahora estaba obrando en obediencia a las instrucciones de Mardoqueo. El cumplimiento de sus encargos no le habían traído hasta entonces en directo conflicto con Amán. Ella había compartido el palacio con él, viviendo dentro de las mismas paredes, andando bajo el mismo techo y cambiando cortesías con el favorito; pero ahora no había ya lugar para más cumplimientos. Amán tenía que ser llamado por su nombre y denunciado al rey, como había sido denunciado por Mardoqueo a ella. El juicio pronunciado por Mardoqueo tenía que resonar en la misma presencia del rey y ante la faz de su enemigo. Desde este momento no podía volverse atrás, pues no había camino de vuelta.

Amán contuvo su aliento, y sus poros empezaron

a derramar un sudor frío, de muerte, cuando oyó la respuesta de Ester:

> «Entonces la reina Ester respondió y dijo: ¡Oh rey, si he hallado gracia en tus ojos, y si al rey place, séame dada mi vida por mi petición, y mi pueblo por mi demanda!
>
> »Porque hemos sido vendidos, yo y mi pueblo, para ser destruidos, para ser muertos y exterminados. Si para siervos y siervas fuéramos vendidos, me callaría; pero nuestra muerte sería para el rey un daño irreparable» (Ester 7: 3-4).

No sólo el rey había llegado a estar bien dispuesto hacia Mardoqueo, sino que el mismo Amán era descubierto por la misma reina como el archienemigo de aquel pueblo a quien Dios había dado sus leyes que estaban en directo conflicto con las de su país. Dentro de pocos minutos el rey llegaría a comprender que el cuchillo asesino de Amán se dirigiría al mismo corazón del palacio, y que Ester, a quien amaba, caería presa de su propio mandato publicado para complacer a Amán: «Destruir, matar y hacer perecer a todos los judíos, jóvenes y viejos, pequeños y grandes» (Ester 3:13).

Amán había persuadido al rey de que tal mandato sería en favor de sus mejores intereses, pero en realidad su objetivo era satisfacer el malvado orgullo del favorito. Así podría silenciar la voz de Mardoqueo y quitar la amenaza a su propia habilidad para usurpar y abusar de la autoridad del rey. Así podría explotar el reino según sus propios y malvados fines.

> «Respondió el rey Asuero y dijo a la reina Ester: ¿Quién es y dónde está el que ha ensoberbecido su corazón para hacer esto?

»Ester dijo: El adversario y enemigo es este malvado Amán. Entonces se turbó Amán delante del rey y de la reina.

»Luego el rey se levantó del banquete, encendido en ira, y se fue al huerto del palacio; y se quedó Amán para suplicarle a la reina Ester por su vida; porque vio que estaba resuelto para él el mal de parte del rey» (Ester 7:6-7).

El enemigo había sido desenmascarado y la única solución era bien clara para el rey. Tenía que escoger entre Amán o Ester. Este era el momento de la verdad, como lo es para toda alma humana a quien viene, por revelación del Espíritu Santo, el conocimiento de la gravedad del pecado. ¡Es tan fácil familiarizarse con el lenguaje de la Biblia sin recibir ninguna revelación de la verdad! Pero Dios quiere traerte, por amargo que sea, a este descubrimiento, el cual puedes ver alborear sobre tu alma como una brillante realidad. Con las palabras de Pablo podemos decir:

«Porque sabemos que la ley es espiritual, pero yo soy carnal, vendido al pecado.» Esto es lo que Romanos 7:14 nos describe: la explotación del alma del hombre por el sutil principio del pecado, que está dentro de él. Y no hay mejor ilustración de ello que la que hallamos en el libro de Ester en la parte jugada por Amán en la vida del rey. Dice Pablo:

«Porque lo que hago no lo entiendo, pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, esto hago...

»De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí.

»Y yo sé que en mí (esto es, en mi carne) no mora el bien; porque tengo el querer el bien, mas efectuar no lo alcanzo.

»Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí.

»Gracias doy a Dios, por Jesucristo nuestro Señor. Así que yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado» (Romanos 7: 15, 18, 20, 25).

Aquí aparece un conflicto bien definido. Es el testimonio bien definido del Espíritu Santo a tu humano espíritu, acerca de todo lo que es bueno, recto y noble, y contra todo acto y actitud del pecado, que es una ofensa a tu conciencia moral una vez iluminada. Esta parte de ti mismo te dice: «Yo sé, o sea, reconozco, comprendo, que la ley es buena (moralmente excelente) y yo me pongo al lado de ella, pues estoy de acuerdo y me deleito en la ley de Dios en lo más íntimo de mi ser —mi nueva naturaleza— (Romanos 7:16, 22). Esta es la parte de ti mismo que representa a Ester, pero hay la otra parte de ti representada por Amán, y que Pablo describe como el «principio del pecado que habita en mí» (que obra en mi alma) (Romanos 7:20). El momento de la verdad vendrá cuando, a semejanza de Ester, dejes de cambiar cortesías con la carne y la repudies en su rostro, llamándola ¡traidora, malvada, indigna y apta para ser condenada a muerte!

En este clímax de tu vida cristiana comprendes que no puede haber compromiso con la carne y que la coexistencia pacífica es un principio satánico hostil a la ley de Dios, cuya soberanía ha de ser reestablecida dentro de tu alma. Comprendes que nunca fue el propósito de Dios mejorar la carne, reeducarla o domesticarla; digamos, en otras palabras: «cristianizarla». Ha sido siempre el propósito de Dios que la carne condenada, sentenciada y crucificada con Jesucristo, tiene que ser enterrada en la tumba y sustituida por la resurrección de Jesucristo en tu

ser. El debe llevar el anillo sobre su dedo y ejercer pleno control en tu mente, en tus emociones y en tu voluntad, expresándose El, tal como es, mediante tu persona.

Pablo describe esto claramente en la carta a los Efesios cuando escribe:

> «Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda la familia, en los cielos y en la tierra; para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu.
>
> »Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones...» (Efesios 3:14-17).

Aquí el «hombre interior» es representado por Ester; el espíritu humano, animado y fortalecido por Mardoqueo, que representa el Espíritu Santo, y vuestros corazones, representados por el rey Asuero en su palacio, que es el alma humana.

> «Luego el rey se levantó del banquete, encendido en ira, y se fue al huerto de palacio; y se quedó Amán para suplicarle a la reina por su vida, porque vio que estaba resuelto para él el mal de parte del rey.
>
> »Después el rey volvió del huerto del palacio al aposento del banquete, y Amán había caído sobre el lecho en que estaba Ester. Entonces dijo el rey: ¿Querrás también violar a la reina en mi propia casa? Al proferir esta palabra, le cubrieron el rostro a Amán» (Ester 7:7-8).

Amán reconoció ahora cuán profundamente la influencia de Mardoqueo había penetrado en el palacio, y la arrogancia de este criminal en potencia se había cambiado en un asustado cobarde que rogaba impotente a la reina.

Amán el Agageo estaba mostrándose fiel a su ascendencia. Del mismo modo que la carne, para el que sabe discernir espiritualmente, lleva siempre el sello de su ascendencia satánica. La historia se repite constantemente. Recordaréis que cuando el rey Saúl cayó presa de las suaves persuasiones del engañoso Agag, rey de los amalecitas, y Dios le hubo rechazado porque él había rechazado la Palabra del Señor, Samuel entró en escena y anunció a Agag la sentencia de muerte de parte de Dios, de la cual Saúl le había librado.

«Traedme a Agag, el rey de los amalecitas», gritó Samuel; y Agag vino delante de él delicadamente y dijo: «Con seguridad, la amargura de la muerte ha pasado» (1.° Samuel 15:32).

Es de este modo engañoso, de suave persuasión, que el amalecita Agag trató de escabullirse, como si fuera indigno de Dios el no tener misericordia de él. Pero Samuel dijo: «Así como tu espada ha dejado a muchas mujeres sin hijos, así tu madre será sin hijo entre las mujeres. Y Samuel destruyó a Agag, delante del Señor, en Gilgal» (1.° Samuel 15:33).

¡Cuán rápidamente el orgullo de la carne, en el día de su primacía, puede ser reducido al sollozo y ruego cuando llega el momento de la verdad!

Guárdate de estas sutilezas y nunca te lamentes de ti mismo. ¡Laméntate solamente de tu pecado! Si tu orgullo es herido y sientes que has sido mal juzgado o mal interpretado y te ves a ti mismo muy sensible a toda ofensa, puedes estar bien seguro que es el sucio Amán quien está sollozando por una misericordia que no merece.

¡El viejo Amán solamente es bueno para la horca!

«Y dijo Harbona, uno de los eunucos que servían al rey: He aquí, en casa de Amán hay una horca de 50 codos de altura que hizo Amán para Mardoqueo, el cual había hablado bien para el rey. Entonces el rey dijo: ¡Colgadlo en ella!

»Así colgaron a Amán en la horca que él había hecho preparar para Mardoqueo, y se apaciguó la ira del rey» (Ester 7:9-10).

¡Qué magnífico cuadro! Amán colgando de su propio patíbulo; el patíbulo que había preparado para Mardoqueo.

Hace diecinueve siglos que un patíbulo fue levantado para poner en él a Aquel que dijo: «Vosotros, de vuestro padre el diablo sois, y los deseos de vuestro padre queréis cumplir. El es homicida desde el principio y no permanece en la verdad, porque la verdad no está en él» (Juan 8:44). ¡Cómo se deleitaría Satanás con la idea de que el hijo de Dios colgaría un día de la cruz! ¡Con cuánto cuidado llevó a cabo el complot, cuando entró en el corazón de Judas Iscariote y le persuadió, en aquella terrible noche, de que saliera afuera del luminoso cenáculo y anduviera a tientas, en la oscuridad, a traicionar a su Señor por treinta piezas de plata! ¡Con qué delicia Satanás incitó a la multitud a gritar: «¡Crucifícale!» Y más tarde: «A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar» (Mateo 27:52).

Esta era su hora triunfal, pero no sabía una cosa.

Había un resultado de la cruz que Satanás no preveía. Aquella cruz no era, simplemente, una sentencia de muerte para un hombre de parte de sus conciudadanos. No era una simple ejecución pública, o el injusto fin de un noble mártir que terminó en desastre porque vivía más adelantado que su generación. Moría, sí, como todos los que han nacido de carne humana han de morir; pero el golpe de la muerte era el golpe de la justicia de Dios sobre el pecado, cuando el Salvador probó la muerte por todos los pecadores.

«Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir, por medio de la muerte, al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo» (Hebreos 2:14).

«Lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne» (Romanos 8:3).

Cuando el Señor Jesucristo murió por ti, no tan sólo pagó el precio de tu redención en la cruz, sino que se identificó y clavó en la cruz a la vieja naturaleza que por tanto tiempo ha dominado tu alma y frustrado todas tus esperanzas: «Sabemos que nuestro viejo hombre quedó crucificado en la cruz con él, a fin de que no sirvamos más al pecado» (Romanos 5:6).

Esta es la verdad expresada simbólicamente en el libro de Ester. Cuando Amán fue colgado en la horca que había preparado para Mardoqueo, ya no podía continuar ejerciendo los poderes ejecutivos de gobierno y abusar de la autoridad del rey; ya no podría gobernar el reino sin disputa ejerciendo su maligna influencia sobre todo el país.

Del mismo modo que al ser colgado Amán sucedería un cambio radical de gobierno que produciría un

bienestar en todo el país, y todos sabrían que había tenido lugar una magnífica sustitución de poderes en el palacio del rey, así debe sentirse, y se sentirá en toda tu vida, un cambio favorable cuando el hombre malo sea quitado y el hombre espiritual, guiado por el mismo Espíritu de Dios, gobierne tu vida.

X

Alegraos y regocijaos

El mismo día que Amán fue colgado, Mardoqueo vino a comparecer delante del rey. Ester había dicho al rey la relación que tenía con ella. Explicó al rey Asuero que pertenecía, por adopción, a aquel que había intervenido para salvar su vida de mano de sus asesinos, y que para el rey el estar identificado con ella significaba estar identificado con Mardoqueo, si había de haber armonía en su relación matrimonial. A la luz de todo lo que le había revelado acerca de él, y con profundo sentido de gratitud, no sólo por la preservación de su propia vida, sino por su liberación de la sutil y destructiva influencia del enemigo que estaba dentro del palacio, el rey Asuero dio la casa de Amán, enemigo de los judíos, a la reina Ester, y tomó el anillo real, que había sido quitado de Amán, y lo dio a Mardoqueo (Ester 8:2).

Observaréis que el rey hizo dos cosas: puso el anillo en el dedo de Mardoqueo, pero confió la administración de los bienes de Amán a Ester. De este modo, aun cuando el rey invistió a Mardoqueo con toda la autoridad que antes perteneció a Amán, su

autoridad fue ejercida según lo que Asuero consideró ahora ser el mejor juicio, el de la reina Ester.

Ester, por su parte, demostró que ella sabía en dónde residía el mejor juicio, no en ella misma, sino en Mardoqueo, a quien entregó la casa de Amán (Ester 8:2). Así el rey identificó su voluntad con la de Ester, y Ester sometió la suya a Mardoqueo. Y estoy seguro de que el significado espiritual de esta nueva situación en el palacio es bien claro a mis lectores. Cuando el alma, que consiste de mente, emociones y voluntad (o sea, el rey Asuero), está en total armonía con los deseos creados por el Espíritu Santo (Mardoqueo), que está residiendo en el espíritu humano (Ester), tiene lugar lo que la Biblia describe como «la plenitud del Espíritu Santo».

Vamos a retroceder por un momento con el fin de recapitular y tener aquí una descripción total de la historia en su sentido espiritual.

El Espíritu Santo resistido

Este es el primer cuadro de la situación según se describe en el capítulo 3. Fuera del palacio, Mardoqueo, sentado a la puerta del rey, mientras que dentro del palacio, Amán está planeando la destrucción del intrépido Mardoqueo, que rehúsa inclinarse ante su presencia. Este gana acceso cerca del rey y se prepara el cambio de gobierno que serviría para introducir en el país las leyes que Amán aborrecía.

El Espíritu Santo recibido

A pesar de la tenaz oposición de Amán (del mismo modo que el Espíritu Santo es siempre resistido y rechazado por la carne), el capítulo 2 nos habla de cómo el Espíritu Santo viene al espíritu humano, del mismo modo como Mardoqueo entró en la vida de Ester.

La base fue la adopción, exactamente como tú y yo tenemos que recibir el espíritu de adopción y hemos de entrar en la familia de los «pecadores perdonados». «El espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios» (Romanos 8:15-16).

El Espíritu Santo contristado

Al principio del capítulo 4 vemos a Mardoqueo sentado a la puerta del palacio, vestido de saco y con cenizas sobre su cabeza, llorando con amargos gemidos. Este cuadro nos trae una viva ilustración de lo que ocurre cuando el Espíritu de Dios es agraviado.

Mardoqueo había venido a la vida de Ester y ella «... hacía lo que Mardoqueo le mandaba, del mismo modo que cuando fue criada con él» (Ester 2:20). Pero Mardoqueo no había venido a la vida del rey. Amán dominaba todavía y ejercía su maléfica influencia por todo el reino.

Aquí se representa la figura de un cristiano derrotado, que Pablo describe en la carta a los Romanos cuando dice: «Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. ¡Miserable hombre de mí!, ¿quién me librará de esta esclavitud de esta mi más baja naturaleza? (Romanos 7:21-24 —Biblia amplificada—).

El Espíritu Santo apagado

Este es el cuadro que nos presenta el capítulo 4. Ester se resistía a obedecer las instrucciones de Mardoqueo y titubeaba de ir al rey sin ser llamada, exponiendo su vida en favor de su pueblo, para que la simiente de Abraham no pereciese. Aun cuando la maldad del enemigo le había sido plenamente expuesta, Ester no estaba preparada para morir a su propia capacidad de vencer a Amán, y era imposible para Mardoqueo realizarlo si ella no le ayudaba.

El Espíritu Santo obedecido

El clímax del final del capítulo 4 nos introduce a las consecuencias del verdadero discipulado.

La tercera mañana, Ester, dándose por muerta, entró en la presencia real y el rey le extendió el cetro. Al disponerse a perder su vida, la ganó identificándose para siempre con el propósito de Dios, el poder de Dios y el pueblo de Dios.

Así se aclararon las cosas, pues en los sucesos referidos en los capítulos 5, 6 y 7 vemos cómo el entendimiento del rey es aclarado hasta el punto de condenar a Amán a la horca y realizar un camino total de gobierno.

La plenitud del Espíritu Santo

Con el enemigo depuesto y Mardoqueo ostentando el anillo real, entra en posesión de los bienes de Amán. El rey y la reina le honran a la una, y Mardoqueo obtiene el poder ejecutivo de gobierno; está preparado para un nuevo y glorioso régimen. En el terreno espiritual significa que cuando el Espíritu Santo viene a tu alma, no sólo el Señor Jesucristo vive en ti, sino que su Espíritu controla tus sentimientos y voluntad.

La semejanza de Cristo en ti, y su propia vida, es expresada por todo lo que dices y haces.

La gente que te rodea se da cuenta, aunque no puede entenderlo, de que por aquellas preciosas y grandísimas promesas has venido a ser participante de la naturaleza divina (2.ª Pedro 1:4).

Es importante recordar en este punto de la historia que, aun cuando Mardoqueo es bien considerado y se halla bien en el palacio, continúa comunicando con el rey por medio de la reina Ester.

> «Volvió luego Ester a hablar delante del rey, y se echó a sus pies rogando que hiciese nula la maldad de Amán Agageo y su designio que había tramado contra los judíos.
>
> Y dijo: Si place al rey, y si he hallado gracia delante de él, y si le parece acertado al rey, y yo soy agradable a sus ojos, que se dé orden escrita para revocar las cartas que autorizan la trama de Amán hijo de Hamedata Agageo, que escribió para destruir a todos los judíos que están en todas las provincias del rey» (Ester 8:3-5).

Esto sugiere una interesante cuestión. Hemos señalado ya en el capítulo 5 la dualidad de la conciencia humana: la conciencia moral reside en el espíritu humano, y la conciencia animal en el alma humana. De este modo parece haber una dualidad en el ejercicio de la voluntad humana.

Cuando tú obras según tu voluntad animal, permites a tu conciencia animal gobernar tu vida.

Por el otro lado, cuando ejerces tu voluntad moral haces una elección moral, te dejas gobernar por la parte moral de tu conciencia. Por supuesto, mucho de lo que haces en el ejercicio de tu conciencia animal no tiene ningún significado moral y tu conducta es guiada tan solamente por tu conciencia animal, la cual te dice lo que es bueno y lo que es malo. Por ejemplo, si un tizón en llamas queda fuera del fuego, decides no cogerlo con las manos porque sabes que esto te haría daño. No hay ninguna razón moral en esta decisión, es simplemente una elección animal que cualquier animal sensible efectuaría ante un caso similar.

Obras según tu voluntad animal, pues tu perro haría exactamente la misma decisión. Te sientas o te levantas lo mismo que haría tu perro; el ejercicio de tu voluntad para poner tu cuerpo en una posición u otra no implica ningún principio moral.

El factor moral entra, empero, si estás sentado cuando el trabajo por el cual recibes tu salario pide que estés de pie; por tanto, hay aquí una decisión moral. Tampoco hay ninguna decisión moral en el simple hecho de andar, pero puede haberla según la dirección en que andes y la compañía de la persona con quien vayas.

Entrar en el coche, poner en marcha el motor y conducir por la carretera no requiere más que una serie de actos físicos que no afectan para nada a tu moral, hasta que llegas al centro de la ciudad, y allí tienes que decidir entre ir a la izquierda o a la derecha. Ir a la derecha es ir hacia el club donde has estado emborrachándote muchas veces, girar a la izquierda significa volver a tu casa, donde te esperan tu esposa y tus hijitos.

Aun cuando hayas nacido de nuevo, el principio del pecado que todavía obra en ti tratará de dominar tu voluntad animal para que hagas la decisión que permitirá a tu carne satisfacer sus carnales apetitos. Al mismo tiempo procurará silenciar tu conciencia moral y persuadirla de que puedes dirigirte hacia el club, sin ningunas graves consecuencias.

Pero, simultáneamente, tu conciencia moral, edificada y guiada por el Espíritu Santo dentro de tu espíritu humano, actuará para persuadir a tu voluntad animal a abandonar la mala idea, diciéndote algo así: «No presentéis vuestros cuerpos al pecado como instrumentos de iniquidad, antes presentaos a Dios como vivos de los muertos, y vuestros miembros a Dios por instrumentos de Justicia» (Romanos 6:13).

Si la *carne* logró silenciar tu conciencia moral y ejercer su influencia sobre tu voluntad animal, volverás el volante hacia la derecha y terminarás en la taberna, moralmente derrotado. Pero, en cambio, si el Espíritu Santo capacita a tu voluntad moral para ejercer el control, girarás hacia la izquierda

y volverás a casa, con gran complacencia de tus hijos y tu esposa y con un profundo gozo en tu alma, moralmente victorioso.

«Pero lo que ocurre —me dirás, quizás— es que cuando me encuentro en la calle principal y tengo que hacer la elección viene la dificultad. Una y otra vez soy derrotado. ¿Cómo puedo conseguir que mi voluntad animal esté en armonía con mi voluntad moral? ¿Cómo puedo en mi caso poner el anillo de mando en el dedo a quien pertenece?» La respuesta radica en tu actitud hacia el Señor Jesucristo, cuya vida compartes como miembro de su cuerpo espiritual. Cuando Ester entró una vez más delante del rey y trató con lágrimas de disipar el equívoco y revocar las cartas reales, fue con una actitud de absoluta confianza en Mardoqueo. Se siente segura de que así como su obediencia a sus anteriores consejos facilitó a Mardoqueo destruir a Amán, así ahora, si continúa obedeciéndole, permitirá a Mardoqueo traer su benéfica influencia sobre la mente del rey y realizar aquellas otras decisiones que tan importantes eran para ella y para su pueblo.

Del mismo modo que antes había renunciado a su habilidad para hacer colgar a Amán, así continúa muriendo a su propia habilidad para cambiar el carácter del rey, pues en esta ocasión también entró sin ser llamada, y una vez más «el rey extendió su cetro de oro a Ester» (8:4). Estaba todavía viviendo en el poder de aquella tercera mañana ante Dios.

¡Esta es la vida de resurrección!

Así también debe ser tu actitud hacia el Señor Jesucristo. En toda controversia entre tu voluntad moral y tu carne, cuando tu voluntad animal ha de ser ejercida para determinar las cosas que tienes que hacer, dirás: «Querido Señor Jesucristo, gracias por tu Santo Espíritu, a quien yo he rendido mi espíritu humano y por cuya presencia benéfica com-

parto tu vida y tu victoria. Yo sé que no puedo vencer el principio del pecado que está dentro de mí y crucificar a mi propia carne, pero te doy gracias que tú puedes, y tú venciste cuando moriste por mí en la cruz y yo morí allí contigo. Gracias por tu Santo Espíritu, que es el único que puede hacer esto real en mi experiencia, mortificando aquellos actos de mi cuerpo que tienen su origen en Satanás. Yo quiero que tú invadas mi alma entera, que controles mi mente, mis emociones y mi voluntad, a fin de que cada decisión dentro de mi alma esté en perfecta armonía con mi espíritu, y mi espíritu en perfecta armonía contitigo, a fin de que todo mi ser pueda declarar tus glorias.

»Señor Jesús, yo no puedo, pero tú puedes. ¡Gracias, muchas gracias!»

Si estás así preparado para practicar la presencia de Cristo en tu vida y reconocerle en su Santo Espíritu, no sólo para mantenerte como muerto al pecado sino para establecer su soberanía divina dentro de cada esfera de tu alma, entonces experimentarás una deliciosa transformación de tu carácter que te cambiará más y más a la semejanza del Hijo de Dios. Será una transformación caracterizada por todo lo que ocurrió en el país del rey Asuero cuando Mardoqueo ocupó el lugar de honor en el palacio.

«Respondió el rey Asuero a la reina Ester y a Mardoqueo el judío: He aquí yo he dado a Ester la casa de Amán, y a él han colgado en la horca, por cuanto extendió su mano contra los judíos.

»Escribid, pues, vosotros a los judíos como bien os pareciere, en nombre del rey y sellado con el anillo del rey; porque un edicto que se escribe en nombre del rey y se sella con el anillo del rey no puede ser revocado.

»Entonces fueron llamados los escribas del rey, en el mes tercero, que es Siván, a los veintitrés del día de este mes; y se escribió conforme a todo lo que mandó Mardoqueo, a los judíos y a los sátrapas, los capitanes y los príncipes de las provincias que había desde la India hasta Etiopía, ciento veintisiete provincias; a cada provincia según su escritura, y a cada pueblo conforme a su lengua, a los judíos también conforme a su escritura y lengua.

»Y escribió en nombre del rey Asuero, y lo selló con el anillo del rey, y envió cartas por medio de correos montados en caballos veloces procedentes de los repastos reales» (Ester 8: 7-10).

Así fue publicado el nuevo edicto, en nombre del rey, pero ya no según Amán lo ordenaba, sino según lo que Mardoqueo ordenaba, «pues Mardoqueo era grande en la casa del rey y su fama se extendió por todas las provincias, pues el varón Mardoqueo iba engrandeciéndose» (Ester 9:4).

En la ciudad real de Susa, como en todas las provincias del rey (9:16), en las ciudades como en los pueblos (9:19), todo lo que ocurría en el palacio hacía un profundo y permanente impacto. No había parte alguna de la comunidad que no fuese afectada por el cambio que tuvo lugar, y todo el mundo supo que algo maravilloso había ocurrido al rey.

Del mismo modo que Mardoqueo estableció las leyes de Dios en el palacio, así el pueblo de Dios a quien estas leyes habían sido confiadas «tuvo reposo de sus enemigos (9:16); el dolor se convirtió en gozo, el lloro en fiesta; el temor se cambió en comunión, puesto que se enviaron porciones el uno al otro y se dieron dones» (Ester 9:22).

Cada nueva instrucción, cuando Mardoqueo en-

viaba cartas a los judíos de las ciento veinte provincias que estaban bajo el mandato del rey Asuero, trajo palabras de paz y verdad. No es extraño que aquellos días vinieran a ser inolvidables en el pueblo de Ester. Cuando el complot para destruir a los judíos fue estorbado, un complot inspirado por Satanás, el inherente enemigo de la promesa dada al fiel Abraham por Jesucristo, Amán echó suertes según la costumbre llamada Pur, para escoger el día en que serían realizados sus malvados designios. El día escogido de esta manera fue el treceavo del mes de Adar. En este día todos los judíos, jóvenes y viejos, niños y mujeres, tenían que ser destruidos, pero en vez de ser destruidos el día treceavo del mes, los judíos se alegraron con indecible gozo, como pueblo maravillosamente librado, porque los engaños del pérfido Amán «recayeron sobre su propia cabeza, ya que él y sus hijos fueron colgados en la horca» (Ester 9:25).

Años después, el malvado propósito de Satanás volvió sobre su impía cabeza, cuando el Señor Jesucristo, por su muerte en la cruz, «destruyó al que tenía el poder de la muerte, el diablo, y le crucificó en su propio cadalso» (Hebreos 2:14-15).

Por eso, año tras año, por todas las generaciones, el pueblo judío ha celebrado la fiesta de Purim, que viene de Pur, por la costumbre de Amán de echar Pur, o suertes.

Ocurrió también otra cosa remarcable, y es que muchos del pueblo de la tierra se hicieron judíos por el temor de los judíos que cayó sobre ellos (Ester 8:17). Conocieron plenamente el destino de este pueblo. Humanamente hablando, su situación había sido sin esperanza; sin embargo, de un modo maravilloso y providencial habían sido arrancados de la tumba y sus enemigos muertos.

La gente empezó a pensar dentro de sí misma:

«Si esto ocurre al pueblo de Dios, entonces yo quiero ser también judío; yo quiero conocer por mí mismo a este Dios que puede salvar a su pueblo de la muerte, destruir a sus enemigos y darles paz y reposo.»

¡Nada hay tan contagioso como una persona llena del Espíritu Santo!

La verdadera santidad siempre es evangelística. Hace que el pecador se sienta cansado del pecado y le hace sentir hambre y sed de justicia, hasta que clama desde las profundidades de su alma: «Señores, ¿qué es menester que yo haga para ser salvo?» (Hechos 16:30).

¿Es éste el efecto que tiene tu vida sobre tus vecinos, tus camaradas de trabajo, tus compañeros de estudio y tus propios hijos?

> «Y salió Mardoqueo de delante del rey con vestido real, de azul y blanco, y una gran corona de oro, y un manto de lino y púrpura. La ciudad de Susa se alegró entonces y se regocijó» (Ester 8:15).

¡Cuán diferente había resultado todo! Parecía casi como si el sol brillara más para todos los judíos; como si todas las nubes en el cielo estuvieran sonriéndoles; como si los pájaros cantaran con más dulzura y cada flor tuviera nueva fragancia.

Hubo tiempo cuando el rey y Amán se sentaron a beber. Amán estaba entonces en su apogeo, pero la ciudad estaba perpleja. Ahora, con Amán en la horca y Mardoqueo en el palacio, la ciudad perpleja habíase convertido en la ciudad gozosa.

El salmista conocía algo de esto, estoy seguro, cuando, inspirado por el Espíritu Santo, escribió en el salmo 46:

«Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones.

»Por tanto, no temeremos, aunque la tierra sea removida y se traspasen los montes al corazón de la mar.

»Del río sus corrientes alegran la ciudad de Dios. El santuario de las moradas del Altísimo. Dios está en medio de ella; no será conmovida. Dios la ayudará al clarear la mañana.

»Estad quietos, y conoced que yo soy Dios; seré exaltado entre las naciones; enaltecido seré en la tierra» (Salmo 46:1, 2, 4, 5).

Este río tiene su fuente en el trono de Dios y del Cordero (Apocalipsis 22:1). Es la vida de Dios en el alma del hombre, y la promesa es para ti y para tus hijos: «El que cree en mí (como dice la Escritura), ríos de agua viva fluirán de su seno (o sea, de lo más interno de su ser); pero esto decía del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él, pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado» (Juan 7:38-39).

Que Dios te fortalezca de este modo con su Espíritu en el hombre interior; que el Señor Jesús pueda ser glorificado en tu corazón como es glorificado en el cielo. Entonces fluirá el río y se regocijará la ciudad de Dios.

«Hablando entre vosotros con salmos, himnos y canciones espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; dando siempre gracias por todo al Dios todopoderoso y Padre en el nombre del Señor Jesucristo» (Efesios 5:19-20).

¡Entonces tendrás toda razón para alegrarte y regocijarte!

XI

El privilegio de ser tú mismo

¡Nunca permitas a tu corazón tratar de ser algún otro!

En primer lugar porque nunca lo serás. Siempre serás tú mismo y no alguien otro. La persona que se levanta por la mañana será la misma que entrará en la cama por la noche; así que tienes que conformarte con la idea de que tú eres la persona con la cual tienes que vivir por todo el resto de tu vida.

En segundo lugar ésta es la voluntad de Dios para ti. Nunca tratará de que seas alguien más que tú mismo; pero como quiere El que seas es lo que tienes que aprender; cómo ser la persona que El se propone que seas.

El rey Asuero era el mismo rey Artajerjes tanto al principio como al final de la historia, pero ¡qué persona tan diferente fue cuando estaba dominado por Amán o cuando estuvo dirigido por Mardoqueo!

El rey Asuero era una persona totalmente diferente al principio de la historia de Ester de lo que fue al final. Es importante, sin embargo, recordar que era el mismo rey, la misma mente, las mismas

emociones y la misma voluntad. Si Asuero hubiese continuado bajo la influencia de Amán, identificándose con los procedimientos perversos de su favorito, habría sido responsable de una de las más crueles matanzas de la historia humana. Su nombre habría pasado a la historia con un estigma de ignominia y vergüenza. Pero desde que estuvo bajo la influencia de Mardoqueo quedó identificado con sus misericordiosos procedimientos; el rey ganó el honor y respeto de un pueblo próspero y feliz. Si otros se admiraban del cambio, quizás el más admirado podía ser el mismo rey.

Asuero conoció la diferencia entre el hombre que Amán podía hacerle ser (el viejo hombre) y el que Mardoqueo pudo hacerle ser (el nuevo hombre), pues vino a estar enteramente bajo una nueva dirección.

Esto puede ayudarte a comprender lo que el Señor Jesucristo quería significar en aquella frase que de otro modo parecería una contradicción, cuando dijo: «El que quisiere salvar su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de Mí, éste la hallará»; y añadió: «Si alguno quisiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, y tome cada día su cruz, y sígame» (Mateo 16:24). De estas palabras se deduce de un modo evidente que alguien tiene que ser negado. Esto es,

UN YO QUE TIENE QUE SER REPUDIADO

En una ocasión, cuando un cierto doctor de la Ley se levantó tentándole y le dijo: «Maestro, ¿qué haré para heredar la vida eterna?», el Señor Jesucristo le respondió citándole el capítulo 6 de Deuteronomio: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con todo tu entendimiento; y a tu prójimo como a ti mismo» (Lucas 10:25-27).

Si tienes que amar a tu prójimo como *a ti mismo,* tienes que empezar amándote a ti mismo, de otro modo te faltaría la base para el amor a tu prójimo. Aparece, pues, claramente de la respuesta dada por el Señor Jesús que hay un vasto lugar para el amor propio. Esto significa que, además del yo que ha de ser repudiado, debe haber

UN YO RESPETADO

¿Cómo puede conciliarse el propio respeto con la propia renuncia? ¿Pueden ambos coexistir? La respuesta a este problema está claramente ilustrada en la persona del rey Asuero. El había repudiado la clase de hombre que Amán estaba haciéndole, pero tenía derecho a respetar la clase de hombre que Mardoqueo le hizo. De la misma manera el yo que tú tienes que repudiar es el yo que la carne te hace ser cuando te dejas dominar de ella, abusando y malempleando tu personalidad. Tu yo, sin embargo, tiene derecho a ser respetado, pues es el yo que Cristo te hace ser llenándote con su Espíritu Santo, realzando y utilizando tu personalidad.

> «Con Cristo estoy juntamente crucificado (el yo que el pecado me hace ser), y vivo (el yo que Cristo me hace ser) no ya yo, mas Cristo vive en mí» (Gálatas 2:20).

Este es el *yo* que Dios quiere que vengas a ser; el yo que El se propuso que seas.

Hay, ciertamente, un lugar legítimo para un saludable respeto propio en tu vida como cristiano, pero es el respeto que procede, o deriva, de tu propia relación personal con Jesucristo.

Sobre esta base puedes aprender a amar al más indeseable de tus vecinos, porque conoces que si hay

algo que tú puedas amar o respetar acerca de ti mismo es sólo lo que Cristo ha hecho de ti. Así que si tu vecino está borracho en el umbral de su casa, tú puedes amarle, sin embargo; no por la clase de hombre que el pecado le ha hecho, sino por el hombre que tú sabes que Cristo puede hacer de él una vez que le permita tomar posesión de su persona, pues lo que él ha hecho contigo, puede hacerlo con él también.

Así que no pierdes tu personalidad cuando tomas por fe tu lugar en la muerte de Cristo; por el contrario, tiene lugar una transformación dentro de tu personalidad. Simplemente, vienes a hallarte bajo una nueva dirección, pues: «Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. Y todo esto es de Dios, quien nos ha atraído a El mediante lo que Jesucristo hizo» (2.ª Corintios 5:17-18).

La nueva vida que ha empezado en ti es la vida del Señor Jesús, y, por supuesto, tu personalidad viene a ser su expresión. «Pues Dios es el que en vosotros obra, tanto el querer como el hacer por su buena voluntad» (Filipenses 2:13). Cuando estás preparado por el Señor Jesús para esta clase de vida no necesitas ser otra persona. ¡Eres tú mismo, aunque eres otro! ¡Cuán admirable es descubrir lo que El se propone que seas!

No fue bueno para Jacob tratar de heredar las promesas según sus propios caminos. Aquello es lo que el hombre carnal le hizo hacer; pero Dios le había preparado la herencia para que fuese *Israel*, el hombre que sólo Dios podía hacer de Jacob.

No fue bueno para Simón tratar de ser un apóstol según lo que su carne quería que fuese; pero Dios le llamó *Pedro*, el hombre que *solamente* Dios podía hacer del antiguo Simón.

No fue bueno para Saulo de Tarso tratar de defender la fe según el hombre carnal quería; mas Dios quiso hacer un *Apóstol Pablo*, y *solamente* Dios podía hacerlo, del viejo Saulo de Tarso.

¿Ha Dios cambiado ya tu nombre?

¿Le has dado tal oportunidad?

Dios cambia el *nombre* cuando cambia al *hombre*.

Los diez hijos de Amán

Quizá la historia te parezca un poco cruel; sin embargo, hay que leerla a la luz de las costumbres de aquellos tiempos (1).

> «Si place al rey, concédase también mañana a los judíos de Susa, que hagan conforme a la ley de hoy; y que cuelguen en la horca a los diez hijos de Amán. Y los judíos que estaban en Susa se juntaron también el catorce del mes de Adar y mataron en Susa a trescientos hombres; pero no tocaron sus bienes» (Ester 9: 13, 15).

Desde el punto de vista de la aplicación puede que te hayas dicho: «Comprendo perfectamente que, como Amán fue puesto en la horca, así es el propósito de Dios que mi vieja naturaleza sea crucificada con Cristo, muerta y enterrada. Ahora bien: ¿Significa esto que mi vieja naturaleza pecadora será totalmente suprimida de mí si me identifico por fe con la muerte de Cristo? ¿Es que el nuevo Israel que Cristo crea en mí no será turbado de nuevo por

(1) Aquí la historia es referida tal como fue, no como Dios desea que sea (véase Ezequiel 18:18-20). La Biblia no aprueba todos los hechos que refiere. A la luz de este principio deben entenderse pasajes como Génesis 38 y los salmos vindicatorios. — *Nota del traductor.*

el viejo Jacob, y el nuevo Pedro no será contrariado por el viejo Simón?»

Si has estado pensando esto te responderé que estas pertinentes preguntas quedan ilustradas en el noveno capítulo de Ester.

¡Esta es la respuesta: Amán tenía diez hijos!

Tú puedes celebrar hoy la victoria de que el Espíritu Santo haya puesto a Amán en la cruz, pero no significa para ti una victoria definitiva.

Y la verdad es que el Amán del corazón no sólo tiene diez hijos, sino que puede tener muchos nietos. No hay ninguna experiencia de que la mala influencia de la carne pueda ser suprimida de una vez para siempre, aunque la propia carne pueda inducirte a creerlo así, en interés de su propia preservación. El mismo hecho de creer que la carne no existe ya en ti y no te va a crear nuevos conflictos, sino que todo lo que tú pienses y hagas en el futuro será perfecto, es lo que más puede agradar al diablo.

La apropiación de la victoria de Cristo pide mucho más que un simple *acto* de fe; requiere una *actitud* de fe, es un reconocimiento, momento tras momento, de la verdad espiritual que el apóstol amonesta: «Andad en el Espíritu y no satisfagáis las concupiscencias de la carne, pues la carne codicia contra el espíritu y el espíritu contra la carne» (Gálatas 5: 16-17).

Andar en el Espíritu es un proceso continuado. Significa que para cada nueva situación a la que te conduce cada paso de tu vida, tienes que reconocer positivamente la presencia y dirección del Espíritu Santo para mantener a la carne muerta y crucificada.

Quiero puntualizar la palabra *positivamente*, pues no tan sólo tenemos que reconocernos a nosotros mismos como «muertos en verdad al pecado», sino que tenemos que reconocernos «vivos para Dios» por Jesucristo nuestro Señor (Romanos 6:11). Este es nuestro gozo en la vida resucitada del Señor Jesucristo: Reconocer positivamente su presencia en nosotros, la cual nos liberta de la ley del pecado y de la muerte. El camino más seguro para reconocerte a ti mismo muerto al pecado (la vieja naturaleza adánica) es reconocerte a ti mismo como vivo en Jesucristo y totalmente dependiente de El; El tomará entonces a su cuidado las consecuencias.

Es totalmente evidente, por la declaración que Pablo hace en la carta a los Gálatas, que el apóstol reconoce que todavía la carne está activa en el creyente. Si andar en el Espíritu es no cumplir los deseos de la carne, lo opuesto sería igualmente verdad. *No* andar en el Espíritu, es decir, andar de otra manera que en entera dependencia de El, significa que serás presa de las concupiscencias de la carne. Te encontrarás con el desengaño de que Amán tiene muchos hijos y nietos, la mala progenie de Amalec.

Israel tuvo que oponerse más de una vez a Jacob, Pedro a Simón, y Pablo tuvo que luchar constantemente contra el Saulo de Tarso que había en él.

Sin embargo, la Biblia nos enseña la posibilidad de una constante victoria en Cristo si estamos preparados para cumplir las condiciones y apropiarnos por fe la vida victoriosa de Cristo mismo. Por el otro lado, en ningún lugar de la Biblia existe la promesa de la completa perfección, hasta aquel maravilloso día cuando veremos al Señor Jesucristo cara a cara y «seremos semejantes a El, porque le veremos como El es» (1.ª Juan 3:2).

No permitáis, por tanto, que nadie os engañe, pues esto os traería solamente al fracaso, por muy sinceros que fueseis, si tratáis de reconciliar una mala conciencia con vuestra pretensión de perfección absoluta. Si así lo hicieseis, no haríais más que inventar

otro nombre para el pecado, pretensión que sería pecado en sí misma.

El Espíritu Santo es vuestro consolador y amigo, está dentro de vosotros para guardaros de caída, pero tenemos que tener en cuenta lo que nos dice:

> «Porque el Señor al que ama, disciplina, de la cual todos han sido participantes; pero si se os deja sin disciplina, entonces sois bastardos y no hijos.
>
> »Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los veneráb amos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor el Padre de los espíritus, y viviremos?
>
> »Y aquéllos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad» (Hebreos 12:6, 8-10).

En otras palabras, cuando el Espíritu Santo nos advierte, llama al pecado por su nombre. Admitidlo y confesadlo tal como es. Venid inmediatamente a la limpieza que Dios ha prometido por la sangre de Cristo y agradeced al gran Mardoqueo (el Espíritu Santo) su residencia y estado de alerta dentro de vosotros para descubrir instantáneamente a la simiente del viejo Amán y guardaros del mal.

El poder del veto y la elección moral

> «Porque Mardoqueo el judío fue el segundo después del rey Asuero, y grande entre los judíos, y estimado por la multitud de sus hermanos, porque procuró el bienestar de su pueblo y habló paz para todo su linaje» (Ester 10:3).

Si tú has recibido al Señor Jesucristo como a tu Salvador, has venido a ser un hijo de Dios y el Espíritu Santo se complacerá constantemente en buscar tu bien y riqueza espiritual, hablando paz a tu alma. Hay una frase que nos llama la atención en este versículo del último capítulo de Ester. «Mardoqueo el judío fue segundo después del rey Asuero.»

Recordaréis que en otro capítulo, y en un caso similar, cuando Faraón puso el anillo en el dedo de José, del mismo modo que el rey Asuero lo puso en el de Mardoqueo, retuvo su soberanía por el poder del veto. Dijo: «Solamente en el trono yo seré más grande que tú.» José era el segundo después de Faraón, como Mardoqueo era el segundo después del rey Asuero.

Esta es una lección importante a causa del hecho admirable, pero cierto, de que en su relación con el hombre, Dios se ha limitado a sí mismo, a pesar de su omnipotencia, por la ley de la fe.

Aunque el Espíritu Santo habita en tu humanidad representando al Padre y al Hijo, nunca violará la soberanía de tu voluntad ni te privará de tu responsabilidad moral de escoger; éste es el principio de la libertad individual que hace a todos los seres del Universo personas y no máquinas.

Aun cuando Dios ha querido estar siempre cerca de ti en el reino de tu alma, quiere ejercer el gobierno de tu conducta y controlar todos los detalles de tu ser en todas las cosas; solamente lo hará por tu propia y libre voluntad y gozoso consentimiento.

Es este poder del veto, el derecho a elegir, lo que te eleva del reino animal y te hace el ser moral que Dios ha creado al hacerte hombre. Es esto tan sólo que te capacita para amar a Dios y ser amado recíprocamente por él.

Es por esto que tu libre «sí» a Dios, en cualquier momento, llena su corazón del más grande gozo. Le satisface más que todas las maravillas de un frío universo material. Todas las cosas traídas al espacio exterior por la palabra de su poder no tienen capacidad para amarle porque no tienen capacidad para escoger. ¡El privilegio de ser *tú* tu mismo, es lo que te permite conocer a Dios por ti mismo!

XII

«Aunque se vista de seda...»

El rey Asuero hace un magnífico descubrimiento

Es bien conocido el viejo refrán que dice: «Aunque la mona se vista de seda, mona se queda» (1).

El rey Asuero había descubierto que el mal que él practicaba se debía a la influencia de Amán, y que solamente podía ser bueno hasta donde podía serlo cuando estaba bajo la influencia de Mardoqueo. Es este mismo descubrimiento que Dios quiere que tú hagas, pues es absolutamente básico para una comprensión inteligénte de la vida cristiana.

Este descubrimiento no solamente está lleno de consuelo y aliento para tu alma, sino que puede librarte de dolor de corazón, frustración y desengaño, que es la suerte de muchos cristianos sinceros

(1) Se refiere a un viejo cuento de una princesa que estaba tan encariñada con este animal que le fue traído de un lejano país, viéndole imitar tan bien sus movimientos, que, después de trajearle con un vestido de la corte, le hizo sentar a su lado en un banquete de gala, con las consecuencias que son de suponer.

en sus fervorosos esfuerzos para agradar a Dios con la energía de la carne.

El admirable cambio que tuvo lugar en el carácter del rey no venía de un mejoramiento de Amán, sino del hecho de haber sido sustituido por Mardoqueo. No se trataba de una cuestión de reforma, sino de sustitución, de una vida cambiada. Amán era completamente corrompido, maestro de duplicidad y nunca cambiaría. No había para él posibilidad de redención; era, sin remedio, apto solamente para la horca.

Esto es exactamente lo que Dios tiene que decir respecto a la vieja naturaleza adánica que está en nosotros, llamada carne. De esto estaba convencido el apóstol Pablo cuando escribió: «Yo sé que en mí (esto es, en mi carne) no mora el bien» (Romanos 7:18). Es absolutamente necesario para tu propio bienestar espiritual que reconozcas el hecho de que tu vieja naturaleza nunca cambiará de carácter. Toda la maldad de la cual eres hoy capaz, será la misma maldad mañana y dentro de cincuenta años. La carne que está en ti será tan perversa como la carne de hoy día y nada hay que pueda salvarla o cambiarla.

Es un alivio para nosotros cuando descubrimos, respecto a nuestros esfuerzos para dominar la carne y capacitarla para el servicio de Jesucristo con todos nuestros penosos esfuerzos para inducirla a principios piadosos de conducta, que Dios nunca ha esperado nada de ello, sino el absoluto fracaso que hemos tenido.

Has estado tratando de hacer lo imposible. Los cristianos de la Iglesia de Galacia habían cometido la misma equivocación, pues estaban tratando de cumplir la santidad con su propio esfuerzo. Trataron de someterse a las reglas y principios impuestos por los legalistas judíos, que se gloriaban en sus cos-

tumbres rituales. El ritualismo exterior ha venido a ser un sustituto de la espontánea expresión de la presencia del Espíritu Santo.

> «¡Oh gálatas insensatos!, ¿quién os fascinó para no obedecer a la verdad, a vosotros ante cuyos ojos Jesucristo fue ya presentado claramente entre vosotros como crucificado?
>
> »Esto solo quiero saber de vosotros: ¿Recibisteis el Espíritu Santo por las obras de la ley, o por el oír de la fe?
>
> »¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar con la carne?» (Gálatas 3:1-3).

Yo tengo mi hogar en Capernway Hall, donde hay un Salón de Conferencias y una Escuela Bíblica, en el sur del distrito de los lagos, la parte más bella del sur de Inglaterra. Aunque mi ministerio en diversas partes del mundo implica varios períodos de ausencia de mi familia, allí es donde vivo con mi esposa y cuatro niños. Suponed imaginativamente que yo he decidido realizar cierto experimento. Podéis imaginaros que he llegado a la conclusión de que el cerdo ha sido mal juzgado y la idea de que todos los cerdos deciden revolcarse en el cieno es falsa. He llegado a pensar que se trata de una cuestión de medio ambiente, de ocasión y crianza.

Decido, por tanto, adoptar un pequeño cerdo como animalito doméstico para mis hijos pensando que las amenidades de una vida superior que la que sus compañeros tienen en la pocilga desarrollarán en él un carácter limpio. Reúno a mi esposa y a mis hijos y les expongo mi plan, exhortándoles a tratar al cerdito con todo cariño.

Damos al pequeño cerdo un vestido de seda, unos pequeños pantalones azules adornados de botones de

nácar, le enseñamos a limpiarse los pies cuando llega a la casa, a sentarse en la mesa, a inclinar su cabeza cuando damos gracias, y a dormir en una blanda cama con blancas y limpias almohadas y sábanas. Imaginaos que aunque el cerdo no muestra gran entusiasmo por el experimento, sin embargo comprende que esta vida es mejor, y aunque con poca colaboración de su parte, sigue adelante y nos imita bastante bien para hacernos pensar que está realmente cambiando de costumbres.

Por tal razón nosotros pensamos que se trata tan sólo de una cuestión de tiempo para obtener un pleno éxito. Desgraciadamente esto es sólo una suposición, y cuando más estemos lanzados, ocurre lo siguiente: Alguien ha dejado la puerta abierta que conduce a los campos. El aire fresco entra en el cuarto donde el pequeño está jugando. Sintiendo la fragancia del heno que está afuera, el pequeño cerdo empieza a husmear. Deteniéndose en medio del cuarto, le vemos estirar su cola y salir volando como una flecha. Después de atravesar el verde prado le vemos husmear buscando la más sucia ciénaga que pueda encontrar y allí se arroja revolcándose sin ningún miramiento a sus limpios y brillantes vestidos. Una y otra vez se revuelca por todos los lados, luego se levanta y, alzando sus patas al aire, exclama: «¡Hogar, mi dulce hogar!»

Cambiad su medio ambiente del modo que queráis, vestidle como os parezca, pero la realidad es que el cerdo es cerdo, su naturaleza no ha cambiado, en cuanto tiene una oportunidad la naturaleza del animal vuelve al ambiente que le es propio. Y esto es lo que habréis experimentado más de una vez en el terreno moral. La carne que está en vosotros no ha cesado nunca de amar el pecado y jamás cesará. Dadle media oportunidad y volverá al terreno de donde procede revolcándose en el cieno.

He aquí el por qué los hombres más santos tienen latente dentro de ellos mismos el más terrible poder de pecado. Todos ellos han aprendido que la carne y el carácter no cambia ni se mejora si no es sustituida por el Espíritu Santo, pues el cerdo es cerdo; tan sólo el Espíritu Santo puede hacer inoperantes sus perniciosos apetitos.

Abraham hizo este descubrimiento cuando bajó a Egipto y mintió a Faraón (Génesis 12). Moisés se dio cuenta de cómo era su genio cuando se enojó contra los israelitas y habló inconvenientemente (Números 20 y Salmo 106:32-33). Sansón lo descubrió en los brazos de Dalila y no se dio cuenta de que el Señor se había separado de él (Jueces 17). David sufrió el mismo desengaño acerca de su propia naturaleza cuando envió a Urías a la muerte y cometió adulterio con Bathseba (1.° Samuel 11). Pedro lo descubrió cuando negó a Cristo ante su rostro y después tuvo que salir afuera y «llorar amargamente» (Lucas 22). Pablo nos recuerda que esto mismo sucedió al pueblo de Israel. Dios nunca intentó cambiar su suerte en el país de Faraón, sino cambiarles de país. Dios trató de sustituir Canaán por Egipto y en un país nuevo introducir a su pueblo a una vida cambiada.

Aunque Israel creyó a Dios lo suficiente para salir de Egipto, no creyó lo bastante para poder entrar inmediatamente en Canaán; en vez de ello buscaron establecer una nueva vida en el desierto y no gozaron de ninguna de las buenas cosas que Dios había provisto para ellos en la tierra prometida. No es extraño, por tanto, que su nueva vida en el desierto fuera totalmente contaminada por aquellos apetitos que solamente podían ser satisfechos en Egipto y que ellos constantemente echaban de menos.

Con referencia a esto Pablo escribió a los cristianos de Corinto, que necesitaban tal lección, pues

su carnalidad había sido manifiesta en la práctica de su fe cristiana:

> «Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos.
>
> »Así que el que piensa estar firme, mire no caiga.
>
> »No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará juntamente también la salida, para que podáis soportar» (1.ª Corintios 10: 11-13).

Tenéis que persuadiros, por tanto, de la maldad de vuestro propio corazón y humildemente confesarla delante de Dios. Pero no os sintáis extraños ni desalentados por la gran capacidad para el pecado que existe dentro de vosotros, pues esto es una cosa natural.

Es tan solamente cuando sois lo suficientemente honestos con los hechos que tendréis, por un lado, una misión bastante amplia de lo que el Señor Jesucristo vino a hacer en el mundo por vosotros, y por el otro lado, el deseo de dejarle obrar.

El Señor Jesucristo quiere en gran manera por su presencia cambiar en vosotros toda vuestra facultad para el mal bajo la influencia de la carne. El se os ofrece con todo su poder ilimitado para el bien, mediante el poder de su Espíritu Santo.

Esto no puede ser realizado teniendo a Amán en el trono. ¡Es a la horca donde debe ir, con el anillo fuera de su dedo y con la cuerda alrededor de su cuello!

XIII

La conclusión del asunto

La nueva vida espiritual implica el principio de esta divina sustitución, y aun cuando estés persuadido de tu maldad inherente, puedes estar igualmente seguro de la justicia inherente de Cristo. Si lo que es nacido de la carne es carne —y cerdo es cerdo, según nuestra figura— puedes estar bien cierto de que lo que es nacido del espíritu es espíritu —y Dios es Dios—.

Lo admirable y verdaderamente maravilloso es que Dios esté dispuesto a estar en ti; no figuradamente, sino realmente.

Tú puedes compartir su vida y ser transformado a su semejanza:

> «Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de Aquel que nos llamó por su gloria y excelencia, por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divi-

na, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia» (2.ª Pedro 1:3-4).

Esta era también la confianza del apóstol Juan, quien dice en su primera epístola:

«El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo.

»Todo aquel que es nacido de Dios no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar porque es nacido de Dios» (1.ª Juan 3:8-9).

Todo acto de pecado tiene su origen en Satanás; éste es su carácter inherente. Es lo que hace de vosotros un Amán, cuando Amán es quien gobierna y lleva el anillo. Todo acto de justicia tiene su origen en Dios, pues es su carácter inherente. Esto es lo que el Mardoqueo espiritual hace de vosotros cuando Mardoqueo es quien lleva el anillo.

El autor del acto es quien determina su verdadero carácter. No se trata de un modelo, sino de un parentesco: «En esto son manifiestos los hijos de Dios y los hijos del diablo» (1.ª Juan 3:10). Es para traer este cambio de autoridad que el Hijo de Dios se manifestó «para destruir las obras del diablo».

El Señor Jesucristo vino para arrojar al hombre malo e introducir al hombre bueno.

Cuando el Señor Jesucristo murió en la cruz no tan solamente pagó el precio de nuestra redención, sino que puso la cuerda alrededor del cuello de Amán; luego, resucitó y ascendió al Padre para que pudiera venir según su promesa y residir dentro de

ti —vivir de nuevo en la tierra, pero vestido con tu propia humanidad—.

El que ha nacido de Dios en ti es Jesucristo y El no comete pecado ni *puede* hacerlo, pues es Dios mismo. Por esto Juan dijo: «... pues su simiente está en él y no puede pecar».

Es la simiente divina, la naturaleza de Dios mismo; es ésta la naturaleza que El quiere compartir contigo mediante su Hijo.

Comparte la naturaleza de Cristo y compartirás su victoria. No la realizarás tú, sino que la recibes, pues Cristo ha sido hecho para nosotros «sabiduría, justicia, santificación y redención; para que, como está escrito: El que se gloría, gloríese en el Señor, para que ninguna carne se jacte en su presencia» (1.ª Corintios 1:29-31).

Fue el Señor Jesucristo crucificado quien puso la cuerda alrededor del cuello de Amán, pero si en vuestra experiencia Amán ha de ser alzado en el cadalso, necesitáis que el Señor Jesucristo, vivo y resucitado, tenga en sus manos el otro extremo de la cuerda. Es el único quien por su Espíritu Santo, el gran Mardoqueo, puede ponerle a él donde le corresponde. Tú no puedes llevar a cabo la ejecución, pero a ti y solamente a ti corresponde la responsabilidad moral de dictar tal sentencia de muerte.

Limitado en su soberanía por la ley de la fe, la cual te da la capacidad moral de amarle y conocerle por ti mismo, es esta decisión la que Dios espera que hagas.

Consiente en morir a todo lo que tú eres que no procede de lo que es Cristo y dale gracias por su buena voluntad de hacerse real en tu propia experiencia. Entonces podrás decir: «¡Ahora yo sé que no solamente soy de Cristo, sino que Cristo está en mí, y también comprendo que no puedo ni debo hacer otra cosa!»

Entonces habrás llegado a conocer a Dios de una nueva y admirable forma. La vida vendrá a ser para ti la nueva y feliz aventura que Dios desea que sea, y aunque un millar de hombres como Amán te asedien, muerto para ti mismo y vivo para Dios, compartirás la vida de Jesucristo y asimismo su victoria.

Compartirás también su compasión por los perdidos y serás un instrumento apto para Dios en el servicio de la Humanidad. Conocer a Cristo más plenamente y hacerlo conocer a otros, vendrá a ser la ardiente pasión de tu alma.

En ti confío, mi escudo y defensa,
No quiero ir yo solo a combatir;
Fuerte en tu fuerza, salvo en tu clemencia,
Confío en Ti y en tu nombre ir.

Sí, «en tu nombre», capitán de mi alma,
Tu grande nombre, que sobre todo está;
Jesús nuestra justicia, y recio fundamento,
El Rey de Gloria y Príncipe de paz.

Vamos por fe, sintiendo la flaqueza
De nuestro propio yo para vencer,
Mas con un canto de triunfo en nuestros labios
Por fe andamos llenos de poder.

Confío en Ti, mi escudo y defensa,
Pues la batalla es tuya, ¡oh Vencedor!
Y vencedores en Ti sólo seremos,
Al entrar por las puertas de célico esplendor.

EDITH GILLING CHERRY

(Adaptado por S. Vila.)

Tienes que cumplir tu deber, ante la muerte de tu propio yo, y repetir con la Ester de antiguos tiempos: «¡Si perezco que perezca! Dios asumirá la consecuencias.» ¡Y El lo hará!

Otros libros de Editorial CLIE

CASI DOCE AÑOS por **Kenneth N. Taylor**

Cómo informar a los adolescentes sobre los misterios de la vida. Con 30 grabados y fotografías.

¿CUAL ES LA DIFERENCIA? por **Fritz Ridenour**

Las creencias de los budistas, mormones, protestantes, católicos, hinduistas, Ciencia Cristiana, Testigos de Jehová, unitarios, judíos y mahometanos. Profusamente ilustrado. 186 págs.

EL LIBRO DE CHEQUES DEL BANCO DE LA FE por **C. H. Spurgeon**

Reciente reimpresión del popular libro de devociones diarias. 370 págs.

BOCADILLOS PARA EL ALMA, por **Rodolfo Loyola**

Pensamientos muy originales, anécdotas, chistes, poesías, cartas íntimas y preguntas informativas con fondo espiritual. 174 págs.

JESUCRISTO VIVO Y ACTIVO MORANDO EN SU IGLESIA por **David C. Ames**

Un libro que aborda honesta y francamente los defectos de la Iglesia de nuestros días y tiende un puente entre lo que la Iglesia es y lo que debería ser. Escrita por un médico militar que fue conducido a Cristo por un grupo de jóvenes fervorosos en su adolescencia. 80 págs.